ERIN HUNTER

LOS GATOS GUERREROS

LA DESPEDIDA DE CUERVO

TRADUCIDO POR
EL CLAN NOCTURNO

DEDICATORIA

Para Missy.
Gracias especiales a Victoria Holmes.

Libro original: “Warriors: Shadows of the Clans: Ravenpaw’s Farewell” *por* ***Erin Hunter***.

Arte del libro: ***Owen Richardson***.

Traducción: ***Woofzie***, ***Hawkstar***, ***Gonzalo Firestar*** *y* ***Pichu06*** *del* ***Clan Nocturno***.

Publicado: 24/3/21
Última actualización: 26/8/24

¡No te pierdas estas otras traducciones!

Novelas:

El Viaje de Estrella de Nube.
La Venganza de Arce Sombrío.
La Decisión de Estrella de Pino.
La Maldición de Pluma de Ganso.
La Deuda de Cola Roja.
El Juicio de Patas Negras.
El Secreto de Ala de Mariposa.
El Presagio de Estrella Vaharina.
El Silencio de Ala de Tórtola.
Las Raíces de Árbol.
El Clan de Trigueña.
La Familia de Dalia
La Rebelión de Pelaje Manchado.

Súper Ediciones:

El Secreto de Fauces Amarillas.
La Profecía de Estrella Azul.
El Juicio de Corvino Plumoso.
La Sombra de Corazón de Tigre.
La Esperanza de Esquiruela.

Novelas Gráficas:

Exiliados del Clan de la Sombra.
Una Sombra en el Clan del Río.
Un Ladrón en el Clan del Trueno.
El Camino de Cuervo.
Vientos de Cambio.

Quinta Saga Principal “Una Visión de Sombras”:

1. La Búsqueda del Aprendiz.
2. Trueno y Sombra.
3. Cielo Destrozado.
4. La Noche más Oscura.
5. Río de Fuego.
6. La Tormenta Furiosa.

Sexta Saga Principal “El Código Roto”:

1. Estrellas Perdidas.
2. El Deshielo Silencioso.
3. Velo de Sombras.
4. Oscuridad Interna.
5. El Lugar Sin Estrellas.
6. Una Luz en la Niebla.

Séptima Saga Principal “Un Clan Sin Estrellas”:

1. Río.
2. Cielo.

CONTENIDO

FILIACIONES

GATOS DESVINCULADOS DE LOS CLANES

CUERVO — lustroso gato negro.
CENTENO — robusto gato negro y blanco.
VIOLETA — gata atigrada naranja claro con rayas naranja oscuro y patas blancas.
RILEY — gato atigrado gris claro con rayas gris oscuro y ojos azules.
BELLA — gata naranja claro de ojos verdes.
LULU — gata de pelaje largo color arena.
PATCH — macho gris y naranja claro.
MADRIC — gato marrón atigrado.
PASHA — macho atigrado muy oscuro.

CLAN DEL CIELO

LÍDER — **ESTRELLA DE HOJAS** — gata atigrada color marrón y crema, de ojos ámbar.

LUGARTENIENTE — **GARRA AFILADA** — gato rojizo oscuro.

CURANDERA — **CANCIÓN DE ECO** — gata atigrada plateada de ojos verdes.

GUERREROS
(gatos y gatas sin crías)

COLA DE CEREZA — gata moteada.
BIGOTES DE AVISPA — gato gris y blanco.
APRENDIZ, ZARPA DEL ANOCHECER.

GARRA DE ÉBANO — llamativa gata negra (guerrera diurna).

APRENDIZ, ZARPA DE HALCÓN.

TORMENTA BILLY — gato naranja y blanco.

APRENDIZA, ZARPA DE GUIJARRO.

LUNA DE HARVEY — gato blanco (guerrero diurno).

MACGYVER — gato blanco y negro (guerrero diurno).

BRINCO DE FUEGO — gato naranja.

APRENDIZA, ZARPA FLORECIENTE.

NUBE DIMINUTA — pequeña gata blanca.

MANCHA DE ORTIGA — gato marrón claro.

SALTO DE CONEJO — macho marrón.

APRENDIZ, ZARPA DE PEREJIL.

SAUCE DE CIRUELA — gata gris oscuro.

APRENDIZA, ZARPA DE NUBE.

HELECHO DE FUEGO — gata naranja.

<u>APRENDICES</u>

(de más de seis lunas de edad, se entrenan para convertirse en guerreros)

ZARPA DEL ANOCHECER — macho naranja atigrado.

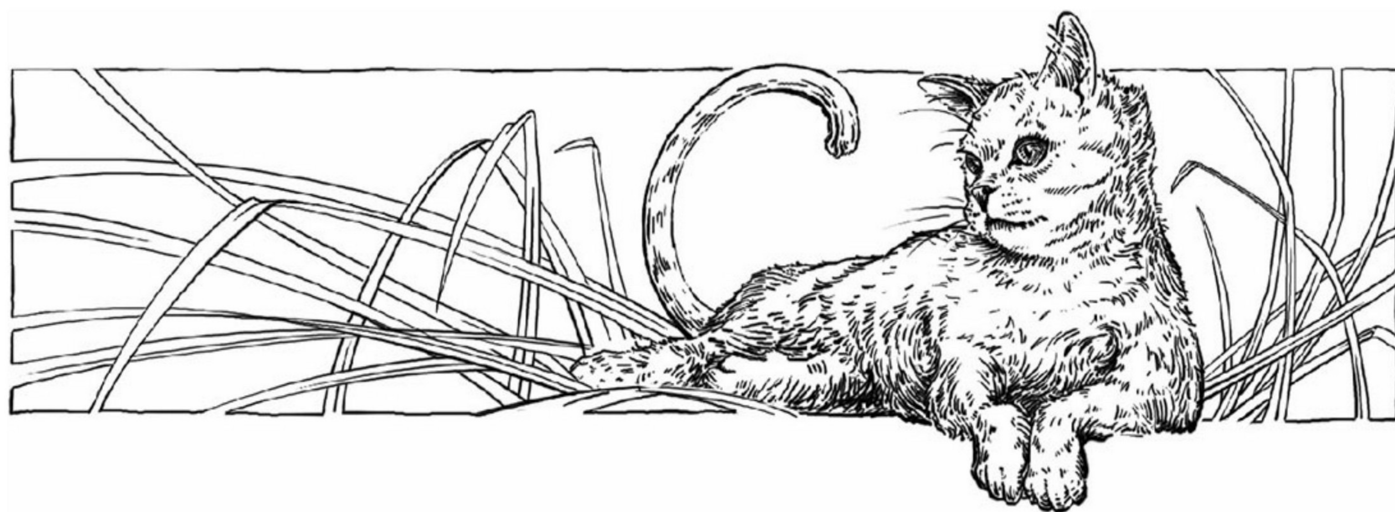
ZARPA DE HALCÓN — gato gris oscuro de ojos amarillos.

ZARPA FLORECIENTE — gata naranja y blanca.

ZARPA DE NUBE — gata blanca.

ZARPA DE GUIJARRO — gata blanca con pequeñas manchas marrones, de ojos verdes.

ZARPA DE PEREJIL — gato marrón oscuro atigrado.



Capítulo 1

—¡Más rápido, Cuervo! ¡No pierdas el ritmo! —Zarpa Gris lo miró por encima de su hombro antes de sumergirse en una mata de helechos.

Cuervo clavó sus garras en la tierra y tomó impulso. Vio como el pelaje rayado de Zarpa Gris se desvanecía entre los helechos, justo detrás del destello del pelaje rojizo de Zarpa de Fuego. Cuervo destruyó los helechos al pasar y corrió tras sus compañeros de Clan. Ahora corrían mucho más rápido, de pronto los colores del bosque se transformaron en una mancha borrosa verde, marrón y dorado claro. Pasaron rápidamente por la maleza, siguieron los senderos que se hacían cada vez más y más estrechos, pero ni siquiera la maraña más densa de zarzas los hizo disminuir su paso. Suaves figuras grises se esbozaban, aunque desaparecían en un abrir y cerrar de ojos. «*No sabía que nos dirigíamos hacia las Rocas de las Serpientes*», pensó Cuervo, sorprendido. Luego estaban lanzándose hacia el Sendero Atronador, los monstruos rugían junto a ellos, pero los aprendices fueron más rápidos; los rugidos de los monstruos de ojos amarillos quedaron atrás.

Ahora estaban al lado del río que tenía un color marrón, turbulento y salpicando espuma. El sendero a lo largo de la orilla era un poco más grueso que una caña, resbaladizo con un húmero musgo verde, pero los gatos no flaquearon, ni siquiera cuando los rígidos tallos verdes azotaron sus pelajes. «*¡Ojalá pudiéramos correr así siempre!*», Cuervo pensó. Sus patas no estaban cansadas en absoluto, estaban más ligeras que las hojas

secas, y respiraba con tanta facilidad como si estuviera acostado en su lecho.

Frente a él, Zarpa de Fuego había llegado a las Rocas Soleadas, el espacioso montón de piedras que estaba junto al río. Zarpa de Fuego pasaba por las rocas sin detener la marcha. Zarpa Gris y Cuervo llegaron a la cima después de él, los tres gatos estaban uno al lado del otro, mirando a través de los árboles.

—¡No hay mejor lugar que el Clan del Trueno! —Zarpa de Fuego declaró.

—¡Clan del Trueno! —repitió Zarpa Gris.

Cuervo abrió su hocico para unirse, pero una gota de lluvia le cayó en su hocico, haciéndolo saltar. El cielo todavía estaba azul y sin nubes, el sol ardía en su pelaje negro, de la nada la lluvia se volvía cada vez más fuerte y pesada.

—¡Te estás mojando! —refunfuñó una voz cerca de la oreja de Cuervo.

Una pata le dio un golpe en su flanco y se dio la vuelta para ver a Centeno de pie junto a él. Detrás de la cabeza de su amigo podía ver el cielo gris pálido a través de una rendija del techo en el granero. Otro goteo cayó en la parte de atrás de su cuello, y Cuervo saltó de su lecho con un bufido.

—Pensé que revisaste el techo antes de que hiciéramos nuestros lechos anoche —murmuró. Su sueño todavía estaba en el fondo de su mente, y estaba convencido de que podía oler el aroma de sus viejos amigos.

—No seas tan cascarrabias —se burló Centeno—. ¿Quieres que trepe al techo todas las noches antes de que te vayas a dormir, solo para asegurarme de que no te mojarás? Ven aquí donde está seco.

Acomodó el heno en donde estaba acostado. Cuervo se quedó dónde estaba por un momento, un dolor agudo y punzante en su vientre lo detuvo.

Centeno aguzó las orejas.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —Cuervo maulló—. Probablemente sea ese ratón que atrapaste hace dos amaneceres. Te dije que no se veía bien.

Centeno entrecerró los ojos hacia la rendija en el techo.

—No creo que esta lluvia vaya a durar mucho —maulló—. ¿Te gustaría ir al bosque hoy? Una vez que el clima cambie, no será tan fácil llegar allí, y no hemos estado allí en lunas.

Cuervo saboreó el aire. Podía oler la estación sin hojas acercándose, fría y quebradiza como la piedra.

—Sí, me gustaría —maulló. Estiró sus patas delanteras y arqueó la espalda, curvando la cola hasta que le rozó las orejas. El dolor en su vientre había disminuido a un dolor sordo, y Cuervo esperaba que un paseo en el bosque se deshiciera del dolor por completo.

Saltaron por el heno apilado donde Centeno había escondido los restos de la paloma que había cazado el día anterior. Cuervo no tenía hambre, sentía su estómago extrañamente lleno, pero escogió un ala cuando sintió la mirada de Centeno atravesando su pelaje. Cuando su compañero hubo terminado de limpiar sus bigotes, se deslizaron a través de un agujero en la pared.

La lluvia había cesado y las nubes se disipaban para revelar los parches de cielo azul. Centeno se detuvo al borde de un tramo de piedra pálida. Los débiles ladridos provenían de uno de los campos que estaban más allá del Poblado de los Dos Patas, lo que indicó que los perros estaban muy lejos, por lo que los gatos trotaron por la piedra y se metieron en los arbustos. Centeno abrió el camino, dejando huellas en la húmeda tierra con sus grandes patas. Cuervo intentó poner sus patas en las mismas huellas, pero las patas de Centeno eran más largas que las suyas. Tuvo que trotar para mantener el ritmo. Algunas vacas levantaron la cabeza y vieron como los gatos cruzaban el campo.

Al principio Cuervo había tenido miedo de las enormes criaturas de color blanco y negro, pero ahora las miraba con una especie de afecto. Estaba tan acostumbrado a verlas a su alrededor, que casi se sentían como sus compañeros de Clan.

Por un momento estaba de vuelta en su sueño, parado en la cima de las Rocas Soleadas y mirando el bosque donde había nacido. «Me pregunto ¿dónde estarán Estrella de Fuego y Látigo Gris ahora?». Había pasado mucho, mucho tiempo desde que fueron aprendices juntos. Cuando Cuervo había dejado el Clan del Trueno, a veces lo visitaban, pero luego Estrella de Fuego había liderado a los cuatro Clanes fuera del bosque cuando llegó el gigante Sendero Atronador. Látigo Gris había desaparecido antes de eso, secuestrado por los Dos Patas. Después de que los Clanes hubieran desaparecido, Cuervo había visto a Látigo Gris una

vez, había escapado de los Dos Patas y estaba buscando al Clan del Trueno, y él le señaló en la dirección en la que se habían ido. Esperaba que Látigo Gris los hubiera encontrado. Cuervo se estremeció.

«*Donde quiera que estén, espero que estén a salvo, con comida y en paz. Que el Clan Estelar ilumine su camino, siempre*».

—¡Ven! —Centeno había regresado—. Comprobemos que el túnel no esté inundado.

El Sendero Atronador era mucho más amplio de lo que había sido cuando Cuervo lo había cruzado cuando era un aprendiz. La colina en el otro lado había sido arrancada, dejando enormes surcos en la tierra. Incluso en el amanecer, el Sendero Atronador parecía un río lleno de peces relucientes, con monstruos gruñendo arriba y abajo. Era demasiado ancho para que los gatos lo cruzaran, así que Centeno y Cuervo usaban un estrecho túnel que estaba por debajo. Estaba oscuro y húmedo, y era lo suficientemente grande como para que un tejón pudiera pasar; Cuervo no se había encontrado cara a cara con uno de esos en el túnel.

El túnel a veces se llenaba de agua después de una lluvia fuerte, pero hoy no había más que un pequeño reguero de barro corriendo por la parte inferior. Tomando una bocanada de aire, Centeno se sumergió. Cuervo apretó los dientes y lo siguió, odiaba la forma en que el túnel lo envolvía. El aire vibraba con el ruido los monstruos en la superficie, y era imposible pensar en otra cosa que no fuera avanzar hacia adelante al aire frío y limpio del otro lado

Cuervo empezó una carrerilla casi chocando con Centeno. Estaban en el borde de una barrera de densas zarzas. No había forma de atravesarlas; en su lugar tuvieron que arrastrarse por el borde, siguiendo la tierra mientras se elevaba abruptamente sobre el Sendero Atronador. La tierra había sido quitada lejos de ahí para dar paso al nuevo camino de piedra y la amplia extensión del páramo se había convertido en un escarpado acantilado que hacía eco con el rugido de los monstruos.

Cuervo aplanó sus orejas contra su cabeza, partiendo cuesta arriba. El ruido se desvaneció un poco mientras se apresuraba para llegar a la cima del acantilado, donde una franja de corta hierba agitada por el viento daba paso a los árboles. La brisa era más fuerte ahí arriba, remolineando el pelaje negro de Cuervo. Aromas familiares invadieron su hocico, trayendo recuerdos a su mente: el barranco, las Asambleas, el olor de la guarida de la curandera, los entrenamientos con Garra de Tigre…

Cuervo se sacudió. Había una razón por la que había dejado el bosque.

Caminó hasta el borde poco profundo rodeado de aulagas y pequeñas rocas. Cuervo tenía la sensación de que ahí solía ser el campamento del Clan del Viento, pero las imágenes en su mente eran confusas, y allí no había rastro de gatos. Detrás de él, Centeno gruñó cuando una ráfaga de viento casi lo hace perder el equilibrio.

—Vamos a refugiarnos entre los árboles —lo llamó.

Corrió a través del tramo de hierba, su pelaje blanco y negro lo diferenciaba al verde de la hierba. Cuervo le dedicó un vistazo al páramo una vez más antes de seguirlo. ¿Había el Clan del Viento sobrevivido al viaje? ¿Algún Clan lo hizo? Los helechos que estaban debajo de los árboles se sentían quietos y tranquilos después de estar en el páramo abierto. Cuervo hizo una pausa para recuperar el aliento, escuchando los pequeños crujidos de presas que no se veían a simple vista. Por encima de su cabeza, las ramas escondían el cielo. Los gatos se abrieron paso a través de las frágiles frondas hasta que nuevos sonidos llegaron a sus oídos: el estruendo de los monstruos moviéndose lentamente, así como los gritos de Dos Patas. Cuervo llegó al borde de los árboles y miró hacia abajo. Parecía que hacía una vida había estado aquí y visto los cuatro enormes robles a la luz de la luna. La hondonada había desaparecido, aplanada para hacer lugar a guaridas plateadas y achatadas, y a una gran extensión de piedra negra llena de filas de monstruos en silencio. El aire se sentía espeso con vapores y el hedor de algo caliente, casi como si fuera una presa repulsiva, el estómago de Cuervo se revolvió.

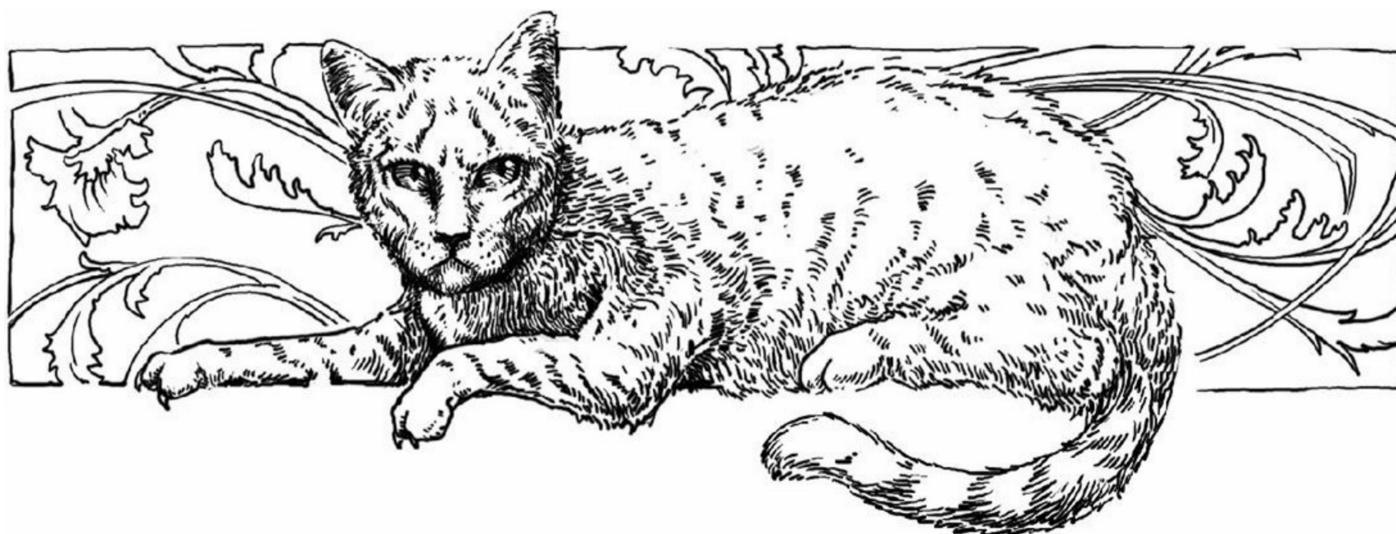
Centeno comenzó a abrirse camino hacia los helechos a lo largo de la cima de la ladera. Cuervo sabía que estaba siguiendo un viejo camino que una vez lo condujo a la parte superior de la hondonada y hacia abajo a través de los árboles hacia la frontera del Clan del Trueno. Cuando los Clanes habían estado ahí, Centeno no hubiera podido caminar con confianza a través de este territorio. Ahora que los Dos Patas se habían apoderado de él, no quedaban más fronteras, no había patrullas de las que un solitario tuviera que temer.

Dejaron atrás las guaridas plateadas y se aventuraron en la profundidad de los árboles. Los caminos que una vez habían sido utilizados por el Clan del Trueno eran tenues y estaban cubiertos de maleza. Un enorme montículo de zarzas cubiertas de rocas de un color gris claro sacudió a Cuervo de regreso a su sueño:

Estas deben de ser las Rocas de las Serpientes, aunque las serpientes también parecían haber desaparecido hace mucho tiempo. Unos pinos habían comenzado a aparecer entre los robles y hayas, y algo sobre la curva del camino casi invisible se sintió dolorosamente familiar debajo de las zarpas de Cuervo.

—¡Cuidado! —chilló Centeno, saltando hacia adelante y empujando a Cuervo con su hombro. Cuervo parpadeó y miró hacia abajo. El terreno cedió agrietándose a un ratón de distancia frente a él, sumergiéndose en un estrecho hueco lleno de espinas y árboles a medio crecer.

—Es el barranco —Cuervo susurró—. ¡El lugar donde nací!



CAPÍTULO 2

—¿Crees que podamos bajar? —maulló Centeno. Empezó a deslizarse debajo de las zarzas.

—Espera —ordenó Cuervo—. Ahí debería de haber un camino. —Trotó a lo largo de la colina hasta que encontró un pequeño hueco entre dos arbustos—. Aquí está.

Dudó por un latido, preguntándose qué recuerdos podían estar esperándolo ahí abajo. «*El pasado no puede dañarme ahora*». Se agachó y se apretujó contra el hueco, guardando su cola para evitar que fuera atrapada en las zarzas. Podía escuchar como Centeno lo seguía.

La colina se sintió instantáneamente familiar debajo de las zarpas de Cuervo. Había rocas filosas semienterradas; ahí estaba la estrecha barricada erosionada por las lluvias. «*¡El barranco!*». En todas sus visitas al bosque desde que los Clanes se habían ido, Cuervo nunca había regresado a este lugar antes. El ruido de los monstruos era tan tenue que apenas podía oírlo, y por un momento Cuervo se preguntó por qué Estrella de Fuego había abandonado su hogar. ¡Todavía había espacio para que el Clan del Trueno viviera aquí! Pero Estrella de Fuego quería salvar a los cuatro Clanes. «*Un Clan en solitario siempre sufrirá*», eso le había dicho a Cuervo en un momento de tranquilidad en el granero. Algo en sus palabras habían hecho que Cuervo lo cuestionara; era como si Estrella de Fuego supiera exactamente lo difícil que era para un Clan sobrevivir por sí solo. Y eso lo había llevado a una de las historias más extraordinarias que Cuervo alguna vez hubiera escuchado: acerca de una profecía que había enviado a Estrella de Fuego y Tormenta de Arena a un

viaje para salvar a un quinto Clan olvidado. Cuervo se preguntó si el Clan del Cielo había sobrevivido sin la protección de los otros Clanes. En su mente podía casi imaginárselo, el polvoriento desfiladero que Estrella de Fuego había descrito lunas atrás.

Centeno sacudió a Cuervo de regreso al presente. El gato blanco y negro lo empujó hacia adelante mientras elegían su camino a través de los restos de una aulaga que hace mucho que había muerto: «*Creo que esta era la entrada*», Cuervo recordó emocionado, y ahora estaba parado en ese diminuto hueco, que no era mucho más grande que sus lechos juntos.

—¿Este era tu campamento? —le preguntó Centeno, asombrado. Cuervo miró las densas marañas de zarzas abarrotadas, los helechos quebradizos rodeaban una pequeña roca gris, la roca más grande había sido devorada por la hiedra.

—Sí —respiró—. Sí, este fue nuestro hogar.

Se giró, las zarzas desaparecieron en su mente, dejando al descubierto la superficie del claro bordeado por madrigueras en orden y los exuberantes helechos que conducían al depósito de hierbas de Fauces Amarillas. Observó a Estrella Azul saltar a lo más alto de la Peña Alta, su pelaje grueso, de un color gris azulado brillaba a la luz del sol, su voz era clara y firme mientras convocaba al Clan.

—¡Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas, acudan aquí, bajo la Peña Alta para una reunión del Clan!

—¿Qué dijiste? —Centeno se dio media vuelta, estaba oliendo un matorral cubierto de zarzamoras. Cuervo pensó que podría haber sido la maternidad, pero no podía estar seguro.

—Solo estaba recordando —maulló. Para su alivio, nada sobre el campamento le recordó los problemas que lo habían expulsado del bosque. En lugar de eso, se sentía emocionado, apenas podía contener la emoción, de la misma forma en que se había sentido cuando se había convertido en aprendiz—. ¿Alguna vez te conté sobre mi primera patrulla de caza? Rastreé un olor hasta el final de las Rocas Soleadas, ¡pero resultó ser un Dos Patas y su perro! Polvoroso me desafió para que los atacara. ¡Pero Zarpa Gris dijo que Garra de Tigre se pondría furioso si llenaba el montón de carne fresca en mi primera patrulla!

Cuervo hizo rodar un trozo de musgo bajo su zarpa mientras más recuerdos surgían dentro de él como hojas que volaban.

—Una vez, estaba limpiando los lechos de los veteranos y una garrapata se aferró a mi hocico. ¡Zarpa Gris tuvo que sentarse sobre mí mientras Jaspeada me ponía bilis de ratón! ¡Eso fue repugnante!

Hizo una pausa cuando notó que Centeno lo miraba extrañado.

—¿Qué ocurre?

Centeno movió la punta de su cola.

—Estoy feliz de que tengas buenos recuerdos de cuando estabas en el Clan de Trueno. Pero… pero no olvides por qué te fuiste. Garra de Tigre te habría asesinado si te hubieras quedado. Sabía que lo habías visto matando a Cola Roja.

Cuervo se sobresaltó por el tono emocionado en la voz de Centeno. Se acercó y frotó su hombro contra el flanco cálido de su amigo.

—¡Nunca pienses que me arrepentí de dejar el bosque! —siseó—. Estrella de Fuego y Látigo Gris salvaron mi vida cuando me trajeron a ti. Desde entonces, no quiero estar en otro lugar que no sea contigo. Es solo que... yo nunca esperé poder volver y recordar las cosas buenas de estar en el Clan del Trueno. Si eso me ayuda a bloquear algunos de los malos recuerdos, entonces estaré contento.

Centeno le lamió la cabeza.

—Yo también estaré contento. ¿A dónde quieres ir ahora?

—No lo sé. ¡Veamos en dónde terminamos! —Cuervo lanzó una última mirada a la Peña Alta, para luego volver a subir la empinada ladera.

Unas gotas de lluvia traspasaron las ramas, así que decidió permanecer bajo los árboles en vez de seguir por el sendero que daba salida del bosque hacia las Rocas Soleadas. Parte de él no quería saber si las Rocas Soleadas habían sido absorbidas por la vegetación como el resto de los lugares de su territorio; prefirió recordarlas como habían sido en su sueño: un perfecto lugar para mirar todo el territorio.

Trotaron uno al lado del otro a lo largo de un camino marcado por pezuñas de ciervos y el ocasional recuerdo de la cola de un zorro. Los pinos se apoderaron del bosque, y a través de las limpias marcas de los troncos Cuervo vislumbró la clara cerca que marcaba la frontera con el Poblado de los Dos Patas. Mientras se acercaban los olores de las guaridas de los Dos Patas, los monstruos, humos, y los mininos domésticos se intensificaban.

—Todavía no se han adentrado mucho en el bosque —comentó Cuervo mientras se detenía para oler un tronco que había sido marcado por un minino doméstico.

Centeno miró por encima del hombro la densa maraña de árboles.

—No puedo imaginar que ahora parece más atractivo que cuando los Clanes estaban aquí. Los mininos caseros tienen todo lo que quieren de sus Dos Patas, ¿no es así? Comida, refugio, compañía de sus Dos Patas, todo sin tener que realizar ningún esfuerzo.

Cuervo miró de reojo a su amigo.

—Entonces nos parecemos un poco a ellos —bromeó.

Centeno se erizó.

—¡Al menos atrapamos nuestras propias presas!

Cuervo ronroneó, aunque sintió otra punzada de dolor en su vientre que le recordó que necesitaba tener más cuidado con lo que comía. El granero les daba un buen lugar para cazar, pero no podía asumir que toda presa sería buena.

Caminaron uno al lado del otro a través de la hierba alta en la base de la valla de madera. Se sentía fresco y acogedor bajo las zarpas de Cuervo, y reflexionó que había pasado mucho tiempo desde que había caminado hasta tan lejos. ¡La vida en la granja lo había vuelto débil!

De repente algo siseó arriba de sus cabezas.

—¡Oigan! ¡Ustedes ahí abajo! ¿Qué están haciendo?

Cuervo y Centeno miraron hacia arriba. Un andrajoso gato atigrado marrón estaba agachado arriba de la cerca, mirándolos. Una cicatriz en el hocico y cortes en sus orejas sugerían que a él no le asustaban las peleas.

—Estamos de paso —Centeno explicó—. No te preocupes.

En un instante, el gato atigrado saltó de la cerca y bloqueó su camino. Su cola azotó el piso.

—Yo decidiré de qué me tengo que preocupar, gracias —gruñó. Estiró su cuello y lo olfateó—. No eres de por aquí. Tú no hueles como un minino casero, pero tampoco hueles como un gato del bosque. ¿Quién eres tú?

—Vivimos en una granja —Centeno comenzó, pero Cuervo lo interrumpió.

—Tranquilo. No le queremos hacer daño a nadie —maulló.

El gato atigrado frunció el labio.

—No me gusta su mirada —gruñó—. Este es mi territorio —bufó, señaló con la cabeza la casa Dos Patas al otro lado de la cerca— y reclamo el derecho a cazar en esta parte del bosque. No son bienvenidos.

«*Y tú eres ridículo*», Cuervo pensó. Pero estaba cansado y con el dolor en su barriga, una pelea era lo último que quería.

—Vamos —le murmuró a Centeno, quien asintió.

—Vamos. —Comenzaron a caminar esquivando al minino casero, pero este saltó tras ellos con las garras desenvainadas.

—No creerán que los dejaré escapar tan fácilmente, ¿verdad?

Soltó un aullido, y en un abrir y cerrar de ojos más rostros aparecieron a lo largo de la valla.

Cuervo los analizó alarmado. Mininos caseros, sí, pero también uno o dos parecían demasiado malvados y escuálidos como para vivir con los Dos Patas.

—Creo que deberíamos irnos de aquí —le susurró a Centeno, quien asintió.

—No hay necesidad de pelear —Centeno anunció—. Nos vamos.

Cuervo y Centeno partieron de nuevo, pero la cerca de madera tembló detrás de ellos mientras varios gatos saltaban hacia el bosque.

—¡Corre! —Cuervo chilló, y sin mirar atrás, él y Centeno se lanzaron a lo largo de la frontera con los árboles.

Cuervo sintió que su pecho comenzaba a arder, y el dolor en su vientre se agudizó con cada paso. Por los ruidos de atrás podía decir que algunos de los gatos ya se habían rendido, pero la persecución lo mantuvo en marcha. Sus días de luchar se habían ido; todo lo que quería hacer era salir de ese lugar, y volver a la seguridad del granero.

Siguieron pegados a la cerca hasta que el bosque despareció y la tierra dio paso a un Sendero Atronador vasto y hediondo. Corrieron a lo largo de una estrecha extensión de tierra, ahora estaban atrapados entre una cerca alta por un lado y un acantilado por el otro lado. El granero estaba en la otra dirección, y Cuervo empezó a preguntarse si alguna vez encontrarían su camino de vuelta.

Cuervo sintió que sus piernas comenzaban a cansarse. A su lado, Centeno también redujo su velocidad.

—¡Hay que mantener el paso, Cuervo! —jadeó. Había aullidos de alegría detrás de ellos, como si el gato atigrado pudiera decir que su presa se estaba debilitando.

—¿Qué está pasando? —el aire se cortó con un chillido desde lo alto de la valla, y una figura naranja bajó al suelo pisándole los talones a Cuervo. Se detuvo a tropezones y se dio la vuelta para ver una gata arqueando la espalda y bufando, con sus ojos llenos de furia.

«*Oh, genial otro minino casero enojado*».

—¡Violeta! —jadeó Centeno.

Cuervo parpadeó. «*¡Es la hermana de Centeno!*».

—¡Centeno! —gritó la gata naranja. En un latido del corazón, se dio la vuelta para encarar a los gatos que los perseguían—. ¡Alto ahí, Madric! —ordenó.

Para sorpresa de Cuervo, el atigrado marrón patinó para detenerse. Los dos gatos que estaban detrás casi chocan con él.

—Vete, Violeta —gruñó—. ¡Estos gatos nos estaban invadiendo!

—¡Tonterías! —espetó Violeta—. Este es mi hermano, Centeno, y su amigo Cuervo. Ellos son bienvenidos en cualquier lugar, ¿entiendes? —Ella aplanó sus orejas ante el gato atigrado—. *En cualquier lugar*.

El gato atigrado siseó, pero hizo un gesto con la cola a los gatos que habían venido con él.

—Vamos —gruñó—. No creo que nos vayan a molestar. —Entrecerró los ojos hacia Cuervo—. Perdiste tus habilidades, viejo —se burló—. Vuelve a tu lecho.

Violeta se paró frente a él.

—Suficiente —espetó. Con un gruñido final, los hostiles gatos dieron la vuelta y se fueron trotando.

Violeta inclinó la cabeza hacia un lado, observando a Centeno y Cuervo.

—Bien, ustedes dos se veían mejor la última vez que los vi.

Centeno se encogió de hombros.

—Nuestros huesos están un poco viejos para este tipo de cosas —admitió. Sus ojos se iluminaron y frotó su cabeza contra la mejilla de Violeta—. ¡Ha pasado demasiado tiempo, hermana! ¿Cómo estás?

—¡Estoy bien! —declaró—. ¡Y tengo algo que mostrarte! —lideró el camino hacia un agujero al pie de la cerca. Antes de pasar, miró de vuelta a Cuervo—. ¿Estás bien? ¿Alguno de esos gatos te lastimó? —Cuervo negó con la cabeza, jadeando todavía.

Se agacharon a través de la cerca y emergió en un espacio con suave hierba verde y con paredes con un olor fuerte a arbustos. Cuervo sintió

como su pelaje le picaba. Una guarida de un Dos Patas era al último lugar al que quería ir.

—Está bien —Violeta maulló como si supiera lo que estaba pensando—. No vamos a entrar, y mis amos no están en casa de todas formas.

Ella corrió a través de la hierba, y saltó a una plataforma de madera que estaba junto a una guarida de piedra color rojo. Había suaves y brillantes mantas a un lado. Mientras Cuervo se acercaba, vio cómo se movían las mantas, y reconoció un olor que no había olido en mucho, mucho tiempo…

—¡Estoy de vuelta, pequeños! —Violeta los llamó.

Diminutas caras surgieron entre las mantas. «*¡Cachorros!*». Cuervo se trasladó de regreso a los recuerdos en la maternidad: el olor a leche pegado a su pelaje, la forma gentil e inminente de su madre.

—Oh, wow —Centeno suspiró mientras los pequeños cuerpos robustos se movían a su alrededor, maullando, ronroneando y jalando su pelaje con sus diminutos dientes afilados.

—Este es mi hermano, Centeno —anunció Violeta—. Y su amigo Cuervo. ¡Sé gentil, Bella! —le suplicó a una cachorra de color naranja claro mientras extendía sus garritas y se aferraba a las orejas de Cuervo.

Cuervo usó su pata delantera para quitarla de su oreja y dejarla en el suelo. Unos enormes ojos curiosos de color verdes lo miraron… «*¡Se parece a Estrella de Fuego!*».

—¿Tú y Centeno tienen cachorros? —maulló la gatita.

—Eh, no —Cuervo respondió.

La pequeña gatita inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Dónde viven? ¿Cómo son sus dueños? ¿Por qué no han venido a vernos antes?

—¡Muchas preguntas! —Violeta la reprendió pasándole su cola alrededor—. Cuervo, esta es Bella. Ella empezó a hablar antes que los demás, y no estoy segura de cuándo se detendrá —su voz era cálida y estaba llena de amor mientras miraba a la pequeña gata color naranja.

Cuervo sintió que algo tiraba de su cola. Un gatito atigrado gris agarró la punta de su cola entre sus patas y jugueteó con ella. Cuervo movió el rabo y el cachorro se separó casi cayéndose de la plataforma de madera, Violeta tuvo que saltar para evitar que se cayera.

—Oh, Riley —suspiró—. ¿Puedes intentar ser un poco menos torpe, por favor?

—Fue mi culpa —Cuervo maulló rápidamente—. Fue una buena pelea —le comentó a Riley, quien se tambaleaba hacia atrás con sus robustas patas para tener otra oportunidad de cazarle la cola.

En su mente, Cuervo se imaginó a Látigo Gris cuando era un cachorro, con el mismo pelaje, a excepción de los ojos que eran amarillos, mientras que los de Riley eran de un penetrante azul claro.

Centeno estaba tratando de quitarse a un par de cachorros de su cabeza.

—¡Lulu, Patch, quítense! —Violeta les ordenó. Le lanzó una mirada exasperada a Cuervo—. Lo siento mucho. Creo que están un poco emocionados por su visita.

—Deberíamos irnos de todos modos —Centeno maulló—. Tenemos un largo camino de regreso a la granja.

—¿La granja? —repitió Bella—. ¿Qué es eso?

—Es donde vivimos —maulló Cuervo—. Lejos, al otro lado del Sendero Atronador. Es un lugar con ovejas, vacas, y con muchos campos.

Riley hizo una mueca.

—¿Qué son las ovejas y vacas? ¿Y un campo qué es?

—Los visitaremos algún día —Violeta le prometió, tocando con la punta de su cola la oreja del cachorro color gris oscuro—. Ahora ve a dormir la siesta. —Condujo a sus cachorros de regreso.

—No tengo ni un poquito de sueño —Cuervo escuchó a Bella quejarse.

Violeta los condujo a un montón de mantas y luego regresó junto a Centeno y Cuervo.

—Fue realmente bueno verlos —maulló—. Por favor vengan a vernos cuando puedan. ¡O tal vez nosotros los visitemos!

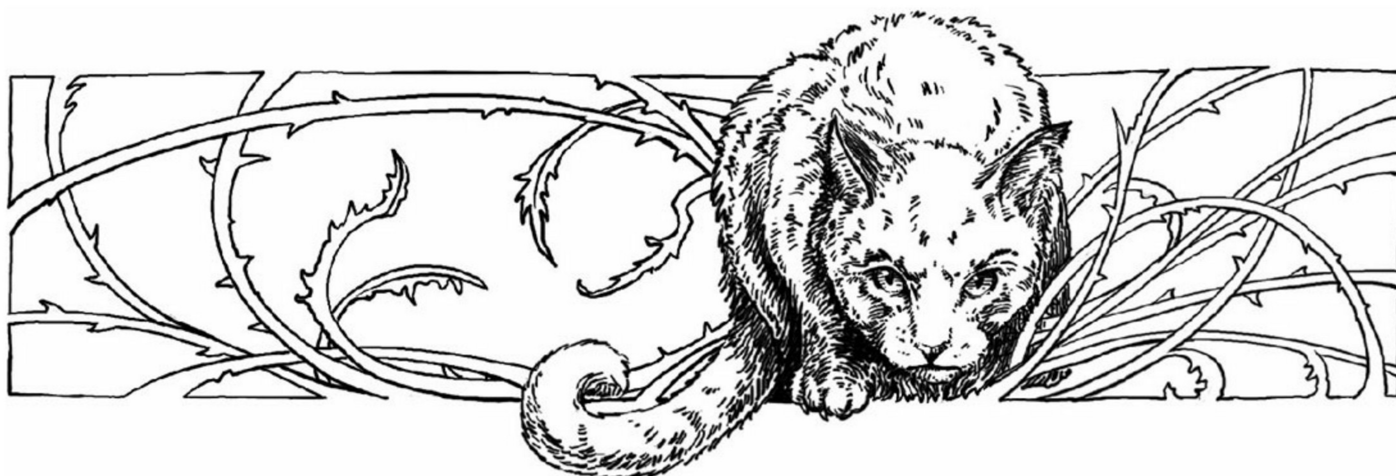
Centeno ronroneó.

—Serán bienvenidos. —Se estiró tocando con su mentón la cabeza de su hermana—. Eres una madre maravillosa. Estoy tan feliz por ti.

—Gracias. —Violeta miró a sus cachorros, moviéndose y resoplando entre las mantas—. Ellos son mi mundo. Ahora vayan con cuidado y traten de mantenerse alejados de Madric. Me gustaría decir que es tan solo un cascarrabias y que no muerde, pero no confío en él.

—No volveremos por ese camino —Cuervo prometió. Con la punta de su cola acarició el flanco de Violeta—. Adiós, y no dejes que esos cachorros te agoten. —Luego se volteó hacia Centeno. Sus patas le dolían por el cansancio y su vientre todavía le dolía, pero la idea de regresar al

granero le dio energía—. ¡Hoy hemos tenido suficientes aventuras para toda la vida! Vayamos a casa.



CAPÍTULO 3

La estación sin hojas sacudió las últimas hojas secas de los árboles y los setos, y cubrió los campos con una gruesa capa de nieve.

Cuervo y Centeno se asomaron para ver los densos copos blancos que caían silenciosamente desde el cielo. Todavía había muchos ratones para comer dentro del granero, y mientras las provisiones de heno se iban agotando, la caza se hacía más fácil, con menos lugares para que se escondieran sus presas. El dolor en el vientre de Cuervo se había convertido en un latido familiar, que empeoraba si comía demasiado o cuando dormía sintiendo una corriente de aire frío. Podía olvidarse de él la mayor parte del tiempo. Le molestaba más el dolor de una torcedura en el hombro, debido a una persecución demasiado entusiasta arriba y abajo en el heno con Centeno.

Cuervo había resbalado y había caído a varios zorros sobre el suelo de piedra. Centeno había estado a su lado en un instante, lamiendo su costado, instándole a quedarse quieto.

Cuervo flexionó cada pata a su vez y abrió los ojos.

—Sobreviviré —había gruñido.

Pero cuando se levantó, su hombro ardía, y apenas podía poner la pata en el suelo. Centeno lo había ayudado a llegar a su nido y había acurrucado su cuerpo alrededor de él, suave, reconfortante y con olor a heno.

Cuervo suspiró.

—Me estoy volviendo viejo.

—Cerebro de ratón —ronroneó Centeno cariñosamente—. ¡He visto al menos dos estaciones sin hojas más que tú, y no estoy viejo!

Cuervo dejó que sus ojos se cerraran.

—¿Te quedarías conmigo mientras duermo?

—No iré a ninguna parte —prometió Centeno, apoyando su barbilla más cómodamente en el pelaje negro de Cuervo.

«*Yo tampoco*», pensó Cuervo.

Pasó la estación sin hojas, la nieve se derritió, y los días se hicieron casi imperceptiblemente más largos, trayendo consigo la promesa de nuevas hojas verdes a lo largo de los setos.

El hombro de Cuervo se curó, y él y Centeno comenzaron a cazar afuera de nuevo, merodeando por los campos en el crepúsculo mientras enormes búhos marrones y blancos se abalanzaban sobre sus cabezas.

Una noche, cuando estaban aprovechando lo mejor posible del primer día realmente cálido, fueron sorprendidos por un un aullido sordo.

—¡Centeno! ¡Cuervo!

Cuervo miró a su alrededor. El grito parecía venir de más arriba del seto. Se agachó y caminó por el borde del campo, con la boca abierta para olfatear el aire. Había gatos adelante, definitivamente. De pelaje suave, con un toque de minino doméstico...

—¡Somos nosotros!

Dos formas mullidas salieron del seto delante de Cuervo, una gatita naranja claro y el segundo, un atigrado gris.

Cuervo parpadeó sorprendido.

—¿Riley? ¿Bella? ¿Qué están haciendo aquí?

Una forma más alta surgió detrás de ellos.

—Insistieron en venir a visitarlos —explicó Violeta, sonando cansada—. Espero que no les moleste.

Centeno se adelantó para chocar la nariz contra la de su hermana.

—¿Molestar? Por supuesto que no. Me alegro de verte.

Miró a Riley y Bella, que estaban olfateando una brizna de hierba.

—Pero… ¿no había más cachorros la última vez?

Los ojos de Violeta se nublaron.

—Lulu y Patch se han ido a un nuevo hogar. —Parpadeó—. Pero todavía los vemos a veces, y son muy felices. Al menos sé que están juntos.

Bella saltó hacia Cuervo. Había crecido mucho desde su primer encuentro; su cabeza estaba a la altura de su hombro. Era más alta que su

hermano, más angular, y su barbilla se estrechaba hasta un punto que sugería que sería muy terca. Riley todavía tenía restos de su pelaje de cachorro mullido, pero tenía hombros anchos y piernas robustas.

—¿Podemos ir a la granja? —suplicó Bella—. Hemos tardado mucho en llegar, y quiero atrapar un ratón.

—¡Tengo tanta hambre que podría morir! —maulló Riley.

—Por supuesto que pueden venir a nuestro hogar —ronroneó Centeno—. Son bienvenidos a quedarse todo el tiempo que quieran. Tenemos mucha comida, y lugares cálidos en los que pueden dormir.

Las fosas nasales de Violeta se dilataron.

—Está bien; no los molestaremos por más que una noche. No quiero que nuestros dueños se preocupen demasiado por nosotros.

Se dirigieron al granero, Riley y Bella iban a toda velocidad y se detenían cada vez que veían algo nuevo. Al ver por primera vez en su vida a la primera vaca que se encontraron, sus ojos se desorbitaron tanto que Cuervo tuvo que ocultar una risa.

—¡Es enorme! —jadeó Bella.

—¿Seguro que es amistosa? —susurró Riley, mirando al animal al otro lado del campo.

—Bueno, no querrá hablar contigo —maulló Cuervo—. Pero estoy bastante seguro de que no comen gatos. ¿Tú qué opinas, Centeno?

El gato blanco y negro fingió reflexionar por un momento.

—Hubo una vez que casi te muerden la cola… —maulló.

—¿Qué? —chilló Violeta.

—¡Eso suena increíble! —maulló Bella—. ¡Cuéntanoslo, Cuervo! ¿Acaso usaste tus movimientos de guerrero para luchar contra la vaca?

Violeta parecía nerviosa.

—Lo siento, están obsesionados con las historias sobre los Clanes que solían vivir en el bosque. Uno de los otros gatos domésticos habla de ellos, yo creo que los conoció una vez, de hecho. Su nombre es Tiznado. Blanco y negro, de grueso pelaje.

Cuervo asintió, los recuerdos se acumulaban a su alrededor una vez más.

—Sí, él era amigo de Estrella de Fuego desde antes de que se uniera al Clan del Trueno.

—¡Nosotros también queremos unirnos al Clan del Trueno! —anunció Riley—. ¡Somos muy valientes y buenos en la lucha, y puedo arrastrarme tan silenciosamente que Bella ni siquiera sabe que estoy allí!

—¡Yo también! —Bella resopló—. Tú eres tan ruidoso como… como… —Una andanada de ladridos dividió el aire, haciendo saltar a todos los gatos—. ¡Como esos perros! —declaró Bella.

Violeta se agachó, lista para huir, pero Centeno apoyó su cola en su hombro.

—No pasa nada; están atados. Les gusta el sonido de sus propias voces, eso es todo.

Los perros siguieron ladrando hasta que un Dos Patas gritó desde el interior de la guarida de piedra roja. Solo entonces se callaron.

—Venga, vamos a enseñarles el granero —maulló Cuervo.

Los cachorros estaban en silencio y con los ojos muy abiertos cuando entraron por primera vez a la enorme guarida de madera. Casi todo el heno había desaparecido, y el extremo más alejado del granero estaba lleno de sombras.

Violeta se estremeció.

—Es un poco espeluznante.

Centeno ronroneó.

—No te preocupes; estás a salvo con nosotros. Esos feroces ratones no te atacarán mientras estemos aquí.

—¿Ratones feroces? —repitió Bella, pareciendo encantada.

—En realidad no —respondió Cuervo—. Pero pueden ser difíciles de atrapar a veces. ¿Les gustaría verme cazar?

—¡Sí, por favor! —maullaron Riley y Bella al unísono.

—Te enseñaré nuestro nido —le dijo Centeno a Violeta—. Puedes descansar allí mientras Cuervo les encuentra algo para comer.

Cuervo llevó a los cachorros a la parte trasera del granero, donde las sombras eran tan espesas que casi podía sentirlas sobre su pelaje. Ambos gatos jóvenes hicieron lo mejor que pudieron para caminar en silencio; Bella era muy ligera sobre sus patas, y Riley lo hizo mejor de lo que Cuervo esperaba, dada su estructura más voluminosa. El aroma de los ratones flotaba en el aire.

Cuervo eligió un rastro que parecía fresco y lo siguió hasta una esquina.

—No se muevan —susurró a Riley y a Bella mientras se arrastraba hacia adelante. Se puso en la posición del cazador y acechó hacia el pequeño agujero donde el olor a ratón era más fuerte. Sintió un pinchazo de dolor en su recientemente hombro herido, así que cambió su peso a las otras tres patas.

Hubo un pequeño sonido de rasguños el cual apenas logró escuchar. Una nariz puntiaguda apareció, agitando los bigotes. Entonces el ratón salió disparado del agujero.

Cuervo se abalanzó y mató al ratón con un mordisco en el cuello.

«*Agradezco al Clan Estelar por enviar esta presa*», pensó.

—¿Qué has dicho? —llamó Riley.

Estaba de puntillas, estirando el cuello para ver si Cuervo había logrado capturar a su presa.

El gato negro se enderezó con el ratón en sus patas. No se había dado cuenta de que había hablado en voz alta. No podía recordar la última vez que había agradecido al Clan Estelar por una presa.

—Nada —maulló—. ¿Te gustaría llevarlo de vuelta?

Saltando de emoción, Riley y Bella arrastraron el ratón de vuelta a la pila de heno. Violeta parecía asombrada.

—¿Lo has cazado tú misma?

Bella soltó su parte del ratón.

—No —jadeó—. ¡Pero vimos a Cuervo hacerlo! Estuvo brillante.

—¡Caza como un verdadero guerrero! —declaró Riley.

Cuervo ronroneó con diversión. ¿Cuándo había visto a un guerrero cazar este gatito?

—Buena captura —comentó Centeno.

—Cuando sea una guerrera, voy a cazar como Cuervo —juró Bella.

—Otra vez no, Bella —Violeta suspiró—. Ahora ya no hay guerreros, ¿recuerdas? —Miró a Cuervo—. Sé que solías ser uno, por supuesto, pero ya no lo eres, ¿verdad?

Cuervo negó con la cabeza.

—No, no soy un guerrero.

Riley lo fulminó con la mirada.

—¡Pero eso no significa que nosotros no podamos serlo! ¡Podrías entrenarnos, Cuervo! Trabajaríamos muy duro, lo prometo.

Bella asintió.

—Haríamos todo lo que digas, practicar todas las tácticas de batalla y los movimientos de caza. Incluso no me importaría hacer patrullas del alba.

Cuervo parpadeó.

—Vaya, Tiznado les ha contado mucho.

—Oh, sí —maulló Riley—. Dijo que podríamos ser guerreros como Estrella de Fuego.

—Excepto que el Clan del Trueno se ha ido —dijo Violeta, y luego añadió—: Tiznado no tiene derecho a alentar estos sueños tontos. No me importa que practiquen su caza y sus movimientos de lucha entre ustedes, siempre y cuando nadie salga herido. Pero van a encontrar buenos hogares y serán gatos caseros, igual que yo, y no hay nada de malo en ello.

«*¡Pero lo hay!*». Cuervo se encontró queriendo responder. «*¿Por qué cualquier gato querría ser una mascota cuando podrían vivir fuera, cazando por sí mismos, cuidándose entre ellos, viendo mucho más que los confines de una guarida de Dos Patas?*».

Centeno estaba tirando trozos de heno suelto en montones.

—Vamos, deberías comer mientras el ratón aún está caliente. Luego pueden dormir aquí con nosotros esta noche.

—Nos iremos al amanecer —Violeta maulló con firmeza—. Necesitamos llegar a casa antes de que nuestros dueños piensen que nos hemos ido para siempre.

—Pero no queremos ir a casa —susurró Bella.

—Es tu hogar, no el nuestro —murmuró Riley—. ¡Queremos ser guerreros!



CAPÍTULO 4

Cuervo y Centeno viajaron a lo largo del Sendero Atronador con Violeta y los cachorros. Riley y Bella se rezagaban, insistiendo en detenerse a olfatear cada tallo, cada arbusto, cada madriguera de conejo con la que se cruzasen.

—¡Ustedes dos, vengan aquí! —maulló Violeta—. Si no se apresuran, ¡los dejaré atrás!

—Ojalá lo hicieras —mascullóRiley.

—No digas eso —lo reprendió Cuervo—. Es tu madre y te ama, por supuesto que quiere que regreses a casa con ella.

El joven gato posó su azulada mirada sobre Cuervo.

—No hay nada malo en ser mascotas. Pero Bella y yo nacimos para ser guerreros. Por favor ayúdanos, Cuervo, eres el único guerrero que queda en el bosque.

—No soy un guerrero, y no vivo en el bosque —maulló Cuervo—. Mi hogar es con Centeno ahora.

—¡Pero podrías entrenarnos! Podríamos iniciar nuestro propio Clan —suplicó Bella.

Violeta se acercó a ellos y le dio un par de lametazos en la cabeza a su hija.

—Dejen de molestar a Cuervo. Miren, ya llegamos al túnel. Tenemos que dejar a Cuervo y Centeno volver a su casa.

La gata los alejó; Bella miró a Cuervo una vez más.

—¡Por favor! —suplicó—. ¡Por favor, piénsalo!

Se metió en el túnel y desapareció detrás de su hermano. Violeta los siguió, con su cola naranja perdiéndose de vista.

—¿Pensar en qué? —maulló Centeno al oído de Cuervo.

—Oh, nada. Es solo su idea loca sobre convertirse en guerreros. Piensan que yo sería capaz de entrenarlos.

Centeno soltó un ronroneo risueño.

—Cachorros. ¿Nosotros teníamos tal cerebro de ratón a esa edad?

—Bueno, ciertamente yo sí quería ser guerrero —comentó Cuervo.

—Es diferente. Tú naciste en el Clan del Trueno. —Centeno se abrió paso a través del seto y esperó a que Cuervo se le uniera—. ¿Deberíamos cazar aquí? —olfateó el aire—. Creo que va a llover más tarde.

Antes de que Cuervo pudiera responder, se deslizó por el borde del terreno, con su cola blanca y negra ondeando alta en el aire.

Cuervo lo miró, su cabeza daba vueltas. ¿Era realmente una idea tan loca el entrenar a Riley y Bella para convertirse en guerreros? Sus recuerdos nunca habían sido tan vívidos como lo eran ahora. Volver al barranco antes de la estación sin hojas había traído mucho de su antigua vida: las técnicas de caza, cómo enfrentarse a un enemigo en batalla, cómo dejar las marcas olorosas del límite del territorio. La noche anterior se encontró a sí mismo agradeciendo al Clan Estelar enseguida de atrapar al ratón. Alzó la mirada. ¿Sus antepasados guerreros estaban cuidándolo? Se lo preguntó. Seguramente habían seguido a los cuatro Clanes hasta su nuevo hogar.

Cuervo se estremeció, sintiéndose de repente muy solo. Sus compañeros de Clan se habían ido, y él ya no era un guerrero. Sin embargo, recordaba mucho sobre cazar, pelear y patrullar. Era feliz con Centeno (más feliz de lo que jamás había sido en el bosque) pero no se arrepentía de haber nacido en un Clan. ¿Quién era él para decirle a Riley y Bella que no debían soñar con convertirse en guerreros?

Cuervo durmió mal esa noche. Le dolía el vientre, y cuando por fin había logrado conciliar el sueño, fue despertado por el ulular de un búho. Se hundió más profundo en el fardo de heno, enterrando su hocico en el suave pelaje de Centeno. Pero el sueño parecía estar muy lejos de venir, en cambio, su mente no paraba de pensar en Riley y Bella. Hasta donde él sabía, cualquier Clan sería afortunado de tenerlos. Eran valientes, rápidos y dispuestos a aprender. Deseaba poder enviarlos al Clan del Trueno, pero no tenía ni la más mínima idea de dónde sus antiguos compañeros de Clan residían ahora.

—Tienes razón —susurró una voz en su oreja—. Están demasiado lejos ahora.

Cuervo se incorporó de un salto.

—¿Quién anda ahí?

Un dulce y húmedo aroma lo envolvió.

—No te alarmes, soy Corriente Plateada.

—¿Corriente Plateada? —Cuervo giró la cabeza. Una gata atigrada plateada estaba sentada con la cola enrollada delante de sus patas delanteras. Sus ojos azules brillaban en la penumbra—. ¿Del Clan del Río?

—Sí, hace un largo tiempo —fue su respuesta.

Cuervo miró a Centeno, seguía durmiendo. Su costado bajaba y subía suavemente con cada respiración.

—Estás soñando. No lo molestaremos.

Cuervo hizo un esfuerzo por ver mejor a la gata, pero su pelaje brillaba contra el heno detrás de ella y sintió que, si intentaba tocarla, su pata la atravesaría.

—¿Por qué estás en mi sueño? —preguntó.

—Porque el Clan Estelar no te ha olvidado. No todos nosotros nos fuimos del bosque. He estado observándote con Riley y Bella, y sé que pueden llegar a ser buenos guerreros. Pero necesitan tu ayuda, Cuervo.

—¿De verdad lo crees?

La gata parpadeó, sus ojos parecían dos lunas azules brillantes.

—Por supuesto. Tú cambiaste el curso de tu vida una vez. No hay alguien más capacitado que tú para ayudar a que Riley y Bella sigan sus corazones. Cada quien merece elegir su propio camino.

—Pero ¿qué puedo hacer yo? Ya no quedan Clanes en el bosque.

Corriente Plateada hizo una pausa y miró fijamente las sombras del borde del granero.

—Existe otro Clan cerca de aquí. ¿Recuerdas la historia que Estrella de Fuego te contó?

—¡El Clan del Cielo! —asintió Cuervo—. Él y Tormenta de Arena viajaron hasta allí después de la batalla contra el Clan de la Sangre. Pero no sé dónde queda, solo sé que siguieron el río más allá de las Rocas Altas. Ni siquiera sé si el Clan del Cielo ha logrado sobrevivir todo este tiempo.

—Sí, han sobrevivido y pueden ayudar a estos jóvenes a encontrar su camino. Ve con ellos, Cuervo. Muéstrales que pueden convertirse en guerreros.

—¿Y qué pasa si el Clan del Cielo no quiere más guerreros? —argumentó Cuervo—. ¿Y si nos perdemos? No estoy preparado para algo como esto.

—Un verdadero guerrero haría cualquier cosa por sus compañeros de Clan. —Corriente Plateada comenzaba a desvanecerse, era poco más que una tenue luz brillante en el oscuro granero.

—¡Yo no soy un guerrero! —protestó Cuervo. Pero fue demasiado tarde, Corriente Plateada había desaparecido.

Centeno se movió desde su lugar.

—¿Qué pasa? —murmuró.

—Vuelve a dormir —susurró Cuervo, acariciando el flanco de Centeno con una pata—. Todo está bien.

Volvió a acomodarse y cerró sus ojos.

—No soy un guerrero —repitió para sí mismo.

El sol de la estación de la hoja nueva estaba tan fuerte que Cuervo se despertó acalorado y congestionado. Los dos gatos se abrieron paso fuera del granero hasta un lugar cubierto por troncos en la parte superior. Centeno se desperezaba perezosamente a su lado, agitando la punta de su cola contra una mosca que zumbaba.

Cuervo no se sentía cómodo. Su mente estaba demasiado ocupada pensando en su sueño y la posibilidad de llevar a Riley y a Bella en busca del Clan del Cielo más allá del territorio conocido.

—¡Ya deja de moverte! —gruñó Centeno—. O haz algo útil y tráeme un tordo, ya estoy aburrido de comer ratones.

Cuervo arañó un trozo de tronco con una zarpa.

—Quiero llevar a Riley y Bella al Clan del Cielo.

—¿Eh? ¿De qué estás hablando?

—¿Recuerdas que te conté que Estrella de Fuego y Tormenta de Arena encontraron un Clan río arriba? Fue expulsado del bosque hace mucho tiempo. Pero el Clan Estelar envió a ambos a restaurarlo y a enseñarles cómo vivir como guerreros otra vez.

—El Clan del Cielo. Lo recuerdo.

—Bueno, creo que es la mejor chance de Riley y Bella para convertirse en guerreros.

Centeno se sentó.

—Pero tú nunca has estado en el Clan del Cielo.

—Sé más o menos dónde está —argumentó Cuervo—. Y hay algo más sobre el Clan del Cielo. Estrella de Fuego me dijo que tienen guerreros que también son mascotas la mitad del tiempo, y la otra mitad viven con sus Dos Patas. ¿No crees más probable que le den una oportunidad a Riley y Bella?

Centeno lo miró fijamente.

—¿Acaso tienes abejas en el cerebro? ¿Quieres emprender un viaje a quién sabe dónde, solo porque los cachorros de mi hermana han decidido que no quieren ser gatos domésticos? Tienes que estar bromeando.

Cuervo sintió que su corazón se aceleraba.

—No estoy bromeando. Yo… tengo que hacerlo. Por Riley y Bella, y por mí. Se lo debo al Clan del Trueno.

Centeno pegó las orejas al cráneo.

—Tú no le debes nada al Clan del Trueno. ¡El Clan del Trueno no tiene nada que ver ni con Riley ni con Bella! De cualquier forma, Violeta jamás accedería a algo así.

—No creo que sea una decisión que tenga que hacer Violeta —maulló Cuervo.

—Buena suerte convenciéndola de eso —gruñó Centeno—. Escucha, me gustan esos jóvenes tanto como a ti, pero ellos no nacieron en el bosque, son mascotas. No es justo darles esperanza con este tipo de ideas locas.

—No es una idea loca.

Centeno se puso de pie y entornó sus ojos.

—Es demasiado peligroso. Riley y Bella no saben nada acerca de sobrevivir lejos de su guarida de Dos Patas. ¡Y tu hombro recién acaba de sanar!

—Mi hombro está bien —siseó Cuervo.

—Pensé que eras feliz aquí —susurró Centeno.

Ver el dolor en los ojos de su viejo amigo era demasiado para Cuervo. No pudo soportarlo y miró hacia otro lado.

—Soy feliz. He sido feliz desde el momento en que pisé el granero por primera vez. Pero eso fue gracias a que tú me acogiste, me diste la oportunidad de hacer mi elección, ¿no lo ves? Riley y Bella quieren elegir

sus propios caminos, igual que yo. Y yo soy el único gato que puede ayudarlos. Yo… yo esperaba que vinieras con nosotros.

Centeno caminó hasta el borde de la pila de troncos.

—Opino que eres un tonto —gruñó—. Estarías poniendo a los tres en peligro solo por unos estúpidos sueños de cachorro. No iré contigo, y tampoco quiero oír ni una palabra más sobre este tema.

Saltó al suelo y se alejó, dejando a Cuervo consternado, observando cómo su amigo se alejaba.

—¡Vamos a ser guerreros! —chilló Bella—. ¡Gracias, Cuervo! —Se arrojó sobre él, casi derribándolo. Riley se agitaba de emoción, ronroneando ruidosamente.

Detrás de ellos, los ojos de Violeta estaban gigantes de horror.

—¿Qué quieres decir? ¿Conoces un Clan que los acepte? Pensé que no sabías a dónde se habían ido.

—Este es un Clan diferente —explicó Cuervo—. Está mucho más cerca, y es más tolerante con las mascotas.

Su pelaje parecía arder en llamas por la fuerza de la mirada de Violeta.

—Dependerá del Clan del Cielo si deciden entrenar a Riley y Bella como guerreros. En caso de que no, los traeré a casa de nuevo.

Sonaba simple, pero Cuervo no podía suprimir el pensamiento de que tal vez Centeno tenía razón y era una idea descerebrada. Hizo una mueca al pensar en su viejo amigo. Apenas habían hablado desde su discusión en el montón de troncos, e incluso el gato blanco y negro había hecho otro lecho para dormir. Cuervo no se había imaginado que podía sentir tanto dolor sin ser herido físicamente.

Regresó sus pensamientos al presente. Tenía que convencer a Violeta de que esto era lo mejor para sus cachorros. Corriente Plateada no lo habría visitado si no fuera así.

—Centeno y tú han vivido en lo salvaje —le recordó Cuervo—. Hay una parte de ti que sabe lo que es ser libre, para cazar por ti mismo, encontrar tu propio refugio. ¿Por qué Riley y Bella no pueden conocer ese mundo también?

—¡Porque quiero mantenerlos a salvo!

—¡Esperen! —Cuervo y Violeta se volvieron para ver a Bella, que los observaba con enormes ojos verdes—. Riley y yo nunca seremos felices siendo mascotas, y tú lo sabes. Por favor, déjanos ir.

Riley asintió.

—Es lo que queremos.

La cola de Violeta se desplomó sobre el suelo.

—Oh, mis preciosos cachorros —murmuró. Posó su hocico en la cabeza de Bella y miró a Cuervo—. Tienes razón. Yo elegí ser una gata doméstica habiendo conocido la alternativa, ¿cómo puedo negarles la decisión a mis hijos?

—¿Quieres decir que podemos irnos? —jadeó Bella.

Violeta asintió.

—Pensaré en ustedes todos los días, mis amores. Sean los mejores guerreros que puedan. Y si alguna vez vienen por estos lados otra vez, por favor acuérdense de mí.

—¡Nunca te olvidaremos! —maulló Bella con voz temblorosa—. ¡Eres la mejor madre que un gato pudiera tener! Yo… no quiero irme si eso significa que jamás volveré a verte.

Violeta retrocedió.

—Ánimo, pequeña.

Cuervo notó la tristeza en sus ojos y se asombró de la firmeza de su tono de voz.

—Las despedidas siempre son difíciles, pero los finales son solo el comienzo de algo más. —Miró a Cuervo—. No soy una tonta, he visto cómo cazan y juegan a pelear. Sé que, con el debido entrenamiento, pueden ser guerreros sensacionales. Pero por favor, mantenlos a salvo hasta entonces.

—Lo haré —prometió Cuervo.

Curvó su cola hacia Riley y Bella.

—Vamos. Tenemos un largo camino por delante.

Saltó al verde césped. Bella lo siguió, pero Riley hizo una pausa, mirando a su madre.

—Pensaré en ti todos los días —maulló.

—Y yo en ti —respondió Violeta. Sus ojos desbordaban tristeza—. Vayan, queridos míos, hagan que me sienta orgullosa de ser su madre.

—¡Lo haremos! —exclamó Bella.

Trotaron por la hierba y se escurrieron a por el agujero en la valla. Una ráfaga de viento azotó sus rostros del otro lado, alisando su pelaje y

llenando su olfato con el acre olor a monstruos, árboles y montañas lejanas. Por un momento, Cuervo estuvo tentado de devolver a los jóvenes a su madre. ¿Qué estaba haciendo, llevándolos en un viaje largo a lo desconocido?

Entonces Riley corrió hacia adelante, exclamando:

—¡Vamos a ser guerreros! —Bella corrió tras él, y Cuervo los siguió.

Los jóvenes habían elegido su camino, y él le había prometido a Corriente Plateada que los ayudaría.



CAPÍTULO 5

—¿De verdad no vas a venir con nosotros? —Cuervo habló en voz baja para no molestar a Riley y Bella, quienes todavía estaban durmiendo. Haces de luz matinal atravesaban las paredes del granero, el aire ya se sentía templado.

Centeno negó con la cabeza.

—Ya hemos hablado sobre este tema —maulló—. Creo que estás cometiendo un grandísimo error.

—¡Pensé que confiabas en mí! —replicó Cuervo—. Volveré directo aquí enseguida después que deje a Riley y Bella en el Clan del Cielo. Estrella de Fuego y Tormenta de Arena hicieron este viaje con total seguridad. No veo por qué yo no pueda hacerlo igual.

—Eran guerreros —siseó Centeno. Sonaba enojado, pero Cuervo pudo sentir el dolor entre sus palabras—. ¿De eso se trata todo esto? ¿Quieres hacerlo para demostrar que eres tan bueno como un gato de Clan, a pesar de que solo fuiste un aprendiz?

Cuervo se estremeció.

—¿De qué estás hablando?

—No creo que estés haciendo esto por Riley y Bella. Creo que lo estás haciendo por ti mismo, porque quieres pertenecer a un Clan de nuevo.

—¡Te equivocas! —jadeó Cuervo.

—¿Me equivoco? Desde que volvimos al bosque, no has dejado de hablar sobre cómo era todo cuando vivías ahí. ¡Apuesto a que desearías no haberte ido nunca!

Cuervo sintió que sus hombros le pesaban.

—Eso es ridículo. ¿Así es como va a terminar esto, Centeno? ¿Con uno en la garganta del otro?

—Tú eres el que se va —gruñó Centeno.

—¡Y tú lo estás haciendo más fácil de lo que es!

—¿Ya es hora de irse? —Ambos gatos se voltearon. Una pequeña cara naranja estaba mirándolos desde la parte superior de una pila de heno. Riley rápidamente se unió a su hermana, tenía un hilillo de hierba seca pegada a una oreja.

—¡Estamos despiertos! —anunció Riley. Saltó desde su pila de heno y aterrizó al lado de Cuervo—. ¿Deberíamos cazar primero?

Centeno agitó las orejas.

—No hay necesidad —maulló con brusquedad—. Recogí piezas extra anoche para ustedes. —Movió una pila de heno para enseñarles dos ratones y un tordo.

Cuervo lo miró parpadeando.

—Gracias.

—No lo hice por ti. Lo hice por ellos —respondió Centeno y, alzando la voz, añadió—: Voy a dar un paseo. Si no estás aquí para cuando regrese, bueno… espero que encuentren lo que están buscando.

Bella miró hacia arriba, sus mejillas hinchadas de carne fresca.

—¿No vas a vernos partir? —murmuró.

—Cuervo conoce el camino de salida —replicó Centeno—. No hagan nada que parezca estúpido, hagan que su madre se sienta orgullosa. —Dio unos pasos y salió del granero, dando una mirada final de soslayo a Cuervo.

—Coman todo lo que quieran —les dijo Cuervo a los gatos jóvenes, forzándose a sí mismo a sonar alegre. «*No puedo creer que no se haya despedido*»—. Solo no se pasen, o les resultará incómodo caminar. Tenemos un largo camino por recorrer. —El pensamiento de que no tenía idea cuánto tiempo les llevaría volvió a su mente—. Podremos detenernos y cazar en el camino.

Tenía el estómago demasiado revuelto como para poder comer, pero se forzó a darle unos cuantos bocados a un ratón. Deseó poder recordar las hierbas de viaje que Jaspeada le había dado previo a su visita a la Piedra Lunar, pero eso había pasado hace mucho tiempo y solo podía recordar cómo frunció los labios ante el amargo sabor de las hojas.

Terminaron la comida y guardaron los restos de presas bajo el heno. Cuervo miró a los gatos que tenía enfrente, tan parecidos a sus viejos

amigos Estrella de Fuego y Látigo Gris. «*Pero estos gatos no saben nada de la vida salvaje* —se recordó a sí mismo—. *Tendrás que enseñarles todo tú mismo*».

Riley y Bella lo miraron fijamente, expectantes, con el pelaje sumamente arreglado y los ojos brillosos de la aventura. Habían hecho su elección, no podían imaginar que tendrían algún tipo de inconveniente. Cuervo levantó la cabeza.

—Vamos ustedes dos, ¡vayamos a buscar al Clan del Cielo!

Los condujo a través de distintos campos, uno cubierto de hierba exuberante, el otro con tallos de maíz delgados y verdes, hasta que llegó al río. Era bajo y calmo allí, fluyendo ociosamente hacia el desfiladero del borde del páramo. Riley y Bella abrieron los ojos de par en par cuando vieron el agua corriente.

—¿No tenemos que cruzarlo a nado, cierto? —siseó Bella erizando su pelaje naranja.

Cuervo pensó por un momento. Estrella de Fuego había descrito la ruta siguiendo el río hasta el desfiladero, pero no dijo nada sobre cruzarlo.

—No —respondió.

—¡Uf! —resopló Bella.

Caminaron por el sendero que transcurría a un lado del río. Era ancho y regular, lleno de aroma a Dos Patas y perros. Riley y Bella se detuvieron a oler cada planta, cada huella, cada rastro oloroso. Incluso una hoja que pasó volando tuvo que ser alcanzada en el aire y ser triturada.

—¿Qué tal mi salto? —llamó Riley, los trozos de hoja aún pegados a su hocico.

—Mantén el peso de tu cuerpo sobre tus patas traseras, justo hasta que saltes —indicó Cuervo—. Si te apoyas en tus patas delanteras, perderás el equilibrio. —Riley se agachó de nuevo, practicando lo que le había instruido—. Pero te cansarás si dejas de caminar por un rato —añadió Cuervo. Notó que Bella estaba mirando un grupo de juncos—. Cazaremos más tarde, lo prometo —le dijo.

—No estoy cazando. Estoy viendo esa piedra verde con ojos.

Cuervo se acercó a ver.

—Eso es una rana. No es una buena presa, a menos que te estés muriendo de hambre… o seas del Clan de la Sombra.

—¡Oh, hemos oído hablar sobre el Clan de la Sombra! —maulló Riley—. ¡Cuéntanos una historia sobre ellos!

Cuervo suspiró.

—Si eso significa que seguirán caminando, está bien.

No quiso asustarlos con lo cruel que la vida de Clan podía llegar a ser, así que inventó una historia sobre reinas del Clan de la Sombra enseñando a sus cachorros cómo saltar como ranas. Eso mantuvo a Riley y Bella lo suficientemente entretenidos como para continuar un largo tramo, hasta que Cuervo se dio cuenta de que el sol estaba en su punto más alto, lo que significaba que era el momento de descansar. Se hundió bajo un seto al lado del camino y comenzó a lavarse. Sus patas le dolían y su vientre se sentía como si se hubiera tragado una piedra.

Se escuchó un fuerte ruido proveniente de la maleza detrás de él. Cuervo se volvió para ver a Bella caminar con modestia a través de los tallos quebradizos con una musaraña pendiendo entre sus fauces. La dejó caer a los pies de Cuervo.

—¡Carne fresca! —declaró ella con la cola erguida de orgullo por encima de su lomo.

—¡Gran captura! —ronroneó Cuervo.

Hubo un crujido y un ruido sordo al otro lado del seto, y Riley empujó su cabeza a través de las ramas.

—¡Ups! —jadeó—. Estaba persiguiendo un gorrión, pero se me escapó.

—No te preocupes; Bella cazó lo suficiente para todos —maulló Cuervo—. Y no me sorprende que el gorrión se te escapara. ¡Sonabas como un auténtico rebaño de vacas trotando a través de ese seto!

Riley se unió a sus compañeros de viaje y frotó su hocico contra el de su hermana, teniendo que estirarse un poco para alcanzarlo.

—¡Ya eres casi una guerrera! —exclamó.

—Aún queda mucho por aprender —advirtió Cuervo.

De repente, fuertes ladridos resonaron en algún lugar al otro lado del río. Cuervo se levantó de un salto con el pelo erizado.

—Estamos acostumbrados a los perros —fanfarroneó Riley—. Había uno blanco esponjoso en el jardín junto al nuestro. Bella y yo solíamos arañarle la nariz cada vez que se atrevía a mirar por debajo de la cerca.

Fuertes pisadas hicieron temblar el camino que iba hacia ellos, a Riley se le salieron los ojos de las órbitas.

—¡Pero no era tan grande como ese! —gritó.

Trepó el seto como si le hubieran crecido alas. Bella lo siguió y Cuervo corrió tras ellos, empujando a Bella con su hocico para que trepara a las ramas más altas. Se aferraron a la oscilante madera y observaron la enorme bestia marrón, que olfateaba los restos de la musaraña. Cuando terminó, miró hacia arriba, su larga lengua rosa colgaba y su aliento apestaba a la presa.

—¿Nos va a comer luego de eso? —gimió Bella.

—Esperemos que no —murmuró Cuervo. Hundió sus garras en el tronco y trató de ocultarse más profundamente en las hojas.

Un Dos Patas bramó cerca, haciendo que todos los gatos saltaran. El perro dio media vuelta y miró a su alrededor; luego agachó sus orejas y se alejó al trote. Cuervo soltó un largo suspiro. «Eso estuvo muy cerca». Esperó hasta que el sonido de pasos se desvaneciera, luego se deslizó hasta el suelo. Riley aterrizó a su lado, pero Bella se quedó dónde estaba, aferrada a una rama en la parte superior del seto.

—¡Vamos, Bella! —maulló Cuervo—. ¡Ya es seguro bajar!

—¿Y si ese perro vuelve? —chilló Bella.

—No lo hará —respondió Cuervo.

—¡No puedes estar seguro de eso!

Cuervo suspiró.

—Tienes razón, no puedo asegurarlo, pero no consigo verlo a lo largo de la orilla del río, ni siquiera puedo oírlo. Iremos en la dirección opuesta, así que tendremos tiempo para escapar en caso de que regrese.

—Tengo miedo —maulló Bella con voz tenue—. Quiero a mi madre.

Riley arrugó una hoja muerta bajo sus zarpas.

—Quizá esto no fue tan buena idea —murmuró.

Por un momento Cuervo pensó en darle la razón. Entonces recordó a Corriente Plateada diciéndole que esta era la única oportunidad de estos gatos de poder elegir su propio camino.

—Todos los guerreros se asustan a veces —les dijo—. Es la única forma de darte cuenta si eres valiente. Lograron mantenerse a salvo de ese perro, ¿verdad? Ambos lo hicieron bien. Violeta estaría muy orgullosa de ustedes. Pero tenemos que seguir adelante, antes de que a ese perro se le ocurra regresar.

Se escuchó un leve gemido. Cuervo miró hacia arriba.

—¡No puedes quedarte ahí arriba por siempre, Bella! ¡Un seto no es lugar para un gato, sea mascota o guerrero!

—¿Prometes que el perro no me atrapará? —maulló Bella.

—Lo prometo.

Hubo un quiebre de ramitas y unas pocas hojas cayeron al suelo; Bella descendió y se unió a los dos gatos. Su pelaje estaba hecho jirones, y sus ojos estaban abiertos de miedo. Cuervo le dio un lametón en la parte superior de su cabeza.

—Bien hecho. Lo estás haciendo genial.

Regresó al camino y miró a ambos lados. No había rastro del Dos Patas ni de su perro.

—¡Vamos! —llamó y emprendió la marcha. Riley y Bella lo siguieron. Cuervo trató de que no notaran que el incidente con el perro lo había inquietado a él también.

Tuvieron que esquivar algunos Dos Patas y perros mientras viajaban, pero fue fácil detectarlos desde lejos y esconderse en el seto. Bella estaba inusualmente callada, y Riley se mantuvo cerca de ella, dándole lametazos de ánimo. Cuando oscureció tanto que ya no podían ver la orilla del río, Cuervo buscó un lugar para pasar la noche. Encontró una guarida de piedra gris, puntiaguda y rechoncha en el borde de un campo justo al otro lado del seto. El suelo era de tierra húmeda y olía fuertemente a vaca, pero no había otros animales en el terreno, tampoco olor a zorros o tejones.

Cuervo condujo a Riley y Bella a la guarida y esperó a que se acomodaran. Lucían agotados, sus flancos se agitaban y su pelaje estaba polvoriento y enmarañado.

—Quédense aquí y límpiense —les dijo Cuervo antes de arrastrar sus cansadas patas hacia el exterior rumbo al seto. Encontró un nido con huevos en la mitad del campo y los llevó uno a la vez hasta sus compañeros.

Bella hizo una mueca al ver la textura viscosa de los huevos, pero Riley los engulló con más entusiasmo.

—¡Tengo tanta hambre que podría comer pasto!

Cuervo arrancó un poco de musgo de un tronco que yacía a la entrada de la guarida y le dio forma de lecho.

Riley y Bella se acurrucaron juntos formando una bola de pelos gris y naranja y cayeron dormidos al instante. Cuervo se acostó a su lado, sintiendo el calor de sus cuerpos contra su vientre. Luz de luna se filtraba

a través de un pequeño agujero en la pared de la guarida, y Cuervo se giró para observar el magnífico astro. «*¿Centeno estará mirando la luna también?*», se preguntó. No recordaba haber pasado una noche separados desde el día que se había mudado al granero. Pero a pesar de su tristeza, el cansancio arrastró a Cuervo a un profundo sueño.

Riley y Bella aún estaban extenuados el día siguiente. Bella se negó a comer un tordo que Cuervo había atrapado, argumentando que olía raro. Por un momento Cuervo se vio tentado de gritarle que era una ingrata, pero se recordó a sí mismo que estaban muy lejos de todo lo que habían conocido jamás y debían estar extrañando a su madre. Dejó que Riley terminara el tordo, luego los condujo de vuelta a la orilla del río.

Viajaron más rápido ahora que Riley y Bella estaban menos interesados en detenerse a olfatear cada nuevo aroma que apareciera. Cuervo marchaba al frente, manteniéndose alerta de perros o Dos Patas. El sol calentó su pelaje negro, y aunque sus piernas todavía estaban cansadas, se encontró deseando rodear cada esquina, viendo el río, los campos y los setos que se desplegaban ante él. Sus bigotes temblaron ante cada sonido u olor fresco, se sentía más joven de lo que se había sentido en un largo tiempo. Incluso el dolor en su vientre parecía haberse desvanecido. Cuervo hubiese deseado que Centeno estuviese con él, compartiendo juntos la aventura.

Un pequeño bosquecillo de árboles apareció en la ribera. Cuervo decidió cazar, si tenía suerte conseguiría algo que Bella quisiera comer.

—Nos detendremos aquí un momento —anunció.

Riley se adentró en los árboles, agitando su cola gris. Bella se agachó al borde del camino y raspó la hierba con una zarpa.

—Estoy demasiado cansada para cazar —maulló.

—Entonces espera aquí hasta que regresemos —respondió Cuervo, tratando de ocultar su molestia. Se dio la vuelta y siguió a Riley bajo los árboles. Había poco aroma a presa en el bosquecillo, pero se las arregló para localizar un ratón que se escondía en un grupo de helechos.

Cuervo llevó su pieza de regreso a donde había dejado a Bella. El montoncito de hierba estaba vacío.

—¿Bella? —llamó suavemente.

No hubo respuesta. Entonces Cuervo escuchó la retumbante voz de un Dos Patas río arriba. Se volvió para ver un macho adulto agachado en el borde de la ribera junto a un palo largo, con un hilo que colgaba sobre el agua. Bella estaba arqueando la espalda y ronroneando con deleite mientras comía algo de la pata delantera pelada del Dos Patas.

Cuervo arrojó el ratón y corrió a lo largo de la orilla.

—¿Qué piensas que estás haciendo? —chilló—. ¡Aléjate de ahí!

Bella se dio la vuelta y miró a Cuervo.

—Me está dando algo de comer —siseó—. ¡Estaba muerta de hambre!

Cuervo saltó hacia adelante y la agarró por la nuca. Le costó, ya que Bella era casi tan alta como él. Era consciente del Dos Patas aproximándose y soltando ruidos de alarma.

—¡Ven conmigo! —ordenó Cuervo con la boca llena de pelaje naranja. Arrastró a Bella por la orilla hasta llegar al refugio de los árboles.

—¿Qué está pasando? —inquirió Riley, que se dirigía hacia ellos a través de los arbustos.

—¡Bella estaba tomando comida de un Dos Patas! —escupió Cuervo.

—¿Qué hay de malo en eso? —aulló Bella.

—¡Se supone que eres una gata salvaje ahora! —gruñó Cuervo—. ¡Los Dos Patas no son tus amigos, no son una fuente de alimento! —Tomó un respiro profundo y trató de alisar su pelaje—. Si vas a ser guerrera, entonces los Dos Patas deben ser tus enemigos.

Bella pegó sus orejas al cráneo.

—¡Eso es de cerebro de ratón! ¡Estaba siendo amigable y dándome comida!

—No puedes confiar en los Dos Patas —insistió Cuervo—. No les gustan los guerreros.

Riley agitó su cola de un lado a otro.

—Ella no hizo nada malo, Cuervo. No sabía que no podía aceptar su comida.

—Mira, estas son las reglas ahora —gruñó Cuervo—. Si no van a escucharme, podemos dar la vuelta y regresar. —Inclinó la cabeza hacia un lado—. ¿Es eso lo que quieren?

Riley y Bella lo miraron fijamente, sin mover un pelo.

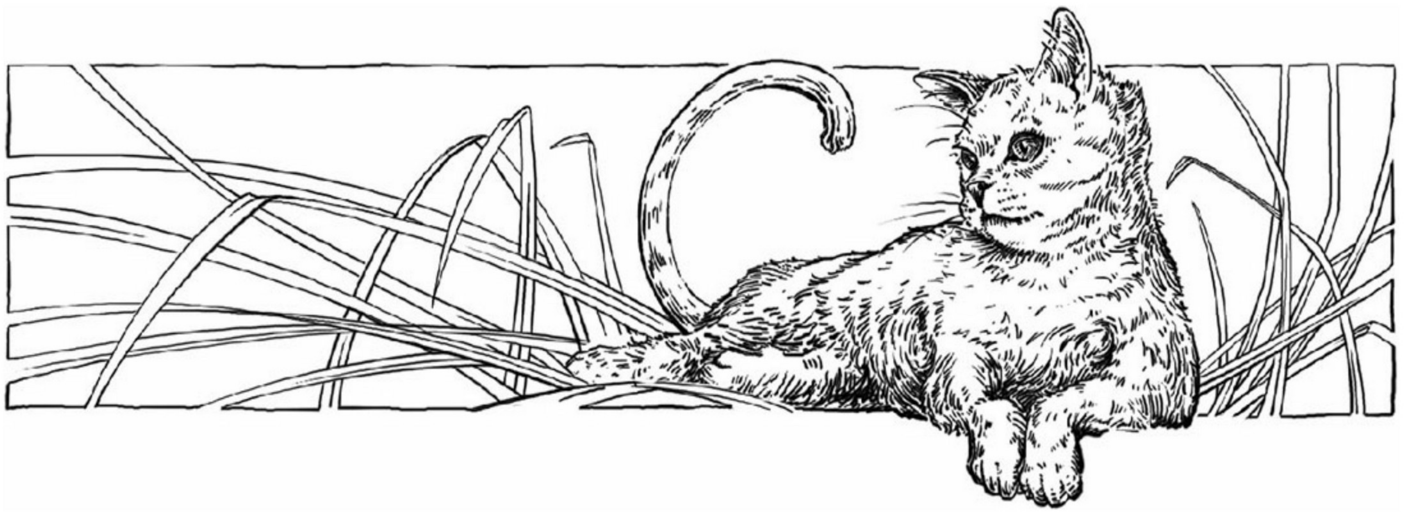
Cuervo asintió.

—Sigamos entonces, ¡y no se detengan por nada!

Salió ruidosamente del bosquecillo y se dirigió hacia la orilla del río una vez más. El Dos Patas se había ido, dejando tras de sí un olor tan fuerte que hizo que la nariz de Cuervo tuviera un espasmo. Podía escuchar a Riley y Bella trotando detrás de él, todavía erizados por la forma en que les había hablado.

«*No es mi problema* —Cuervo se dijo a sí mismo—. *Tienen que respetar a su mentor, de otra forma el Clan del Cielo no querrá tener nada que ver con ellos. Tal vez deba empezar a enseñarles el código guerrero*». La inmensidad de su misión lo golpeó de nuevo.

«*¿Tendrán Riley y Bella alguna oportunidad de convertirse en guerreros?*».



CAPÍTULO 6

Después de otra noche durmiendo incómodamente, esta vez bajo un arbusto en la ribera donde habían sido molestados por el ruido de ratones de campo correteando en la orilla del río, Cuervo despertó al amanecer y consiguió atrapar una gorda palometa.

Riley y Bella se acomodaron para comer, la gata lo hizo con sus ojos entrecerrados como queriendo mostrarle a Cuervo que había entendido las reglas sobre la comida.

Observando a los gatos jóvenes, Cuervo sintió una punzada de compasión. Estaban lejos de casa, siendo muy valientes considerando que apenas tenían edad para salir de la maternidad. Quizás había una manera que les permitiera comenzar el día de buena forma.

—¿Les gustaría aprender algunos movimientos de combate antes de partir?

«*Espero poder recordar algunos*», se dijo a sí mismo

Los ojos de ambos gatos se iluminaron.

—¡Sí por favor! —maulló Bella, saltando sobre sus patas.

—¿Movimientos de un guerrero de verdad? —preguntó Riley, y ronroneó cuando Cuervo asintió.

El camino era lo suficientemente ancho y plano, lo cual lo convertía en un buen campo de entrenamiento.

—Empezaremos con la postura de cazador, —explicó Cuervo. Se dejó caer sobre su vientre, manteniendo su peso en las patas traseras.

—Ya sabemos eso —maulló Riley—. Es lo que hacemos cuando vamos a abalanzarnos sobre algo.

Cuervo lo miró.

—Ese algo no tiene que ser precisamente una presa, ¿o sí? Puede ser una forma útil de atacar a cualquier enemigo, especialmente si lo estás acechando. Encuentra tu equilibrio, toma impulso… ¡y salta! —Despegó del suelo hacia adelante y aterrizó casi encima de Bella.

—¡Increíble! —ronroneó Riley.

—Ahora inténtenlo —resopló Cuervo, tratando de ignorar el punzante dolor de su barriga.

Los jóvenes gatos se asentaron en sus ancas y saltaron hacia adelante uno a la vez. Bella casi se cae y Riley no cubrió mucha distancia, pero fue un comienzo bastante decente. Cuervo arrastró un palo fuera del seto.

—Finjan que este es su enemigo —jadeó—. Quiero que aterricen con sus patas delanteras en la parte posterior de su cuello, aquí —instruyó señalando un bulto en el palo.

Bella lo hizo bien esta vez, dejando caer sus patas ligeramente sobre el cuello imaginario del enemigo. Riley tropezó cuando despegó y terminó rompiendo el palo en dos.

—Bueno, al menos lograste herir a tu enemigo —comentó Cuervo, mirando la madera astillada.

—¡Enséñanos algo más! —suplicó Bella.

—Solo una última lección; luego tendremos que emprender la marcha otra vez. Intentemos un golpe utilizando una pata delantera. —Cuervo hizo una seña a Riley con la punta de su cola—. Imagina que estamos cara a cara en batalla. Alzaré mi pata delantera tan rápido como pueda e intentaré bajarla directo a tu cabeza. Si no logro alcanzarla, puedo impulsarme hacia adelante con mis patas traseras, pero mira, al hacerlo dejo mi vientre expuesto. Tienes que ser rápido para este movimiento.

Bella tomó el lugar de Cuervo y apenas logró palmear ligeramente la cabeza de su hermano.

—Demasiado lenta —advirtió Cuervo—. Tu oponente habría sabido exactamente lo que planeabas hacer. Riley, tú puedes agacharte y girar para impedir que el ataque de Bella te alcance. Tírate de lado, coloca las patas debajo de ti y rueda fuera de rango. ¡Excelente! —aprobó Cuervo cuando Riley se dobló a sí mismo como una bola y cayó al borde del camino—. Pero no caigas en el río —agregó el gato negro.

Riley y Bella se turnaron para practicar el golpe con la pata delantera y la técnica de agacharse y girar. Bella tenía buen alcance gracias a sus largas piernas, pero los anchos hombros de Riley le daban más fuerza. Además, el macho era sorprendentemente rápido a pesar de su robusto cuerpo.

—¡Pronto serán grandes guerreros! —exclamó Cuervo—. ¡Buen trabajo!

Riley lo miró, sus flancos se agitaban.

—¡Eso fue divertido!

—¡No puedo esperar a nuestra primera batalla! —complementó Bella.

Cuervo negó con la cabeza.

—Jamás deseen participar en una pelea —murmuró—. Llegarán pronto. —Por un momento pensó en Violeta, estaría aterrorizada de saber que sus cachorros se estaban preparando para el peligro. «*Es mejor estar preparado*», se dijo Cuervo a sí mismo—. Vamos, mantengámonos en marcha. —Agitó su cola y los dos jóvenes lo siguieron.

Más lejos siguiendo el río, llegaron a una guarida de Dos Patas abandonada hecha de piedras rojas que se desmoronaban. No había rastro de aroma de Dos Patas en el aire, y la guarida estaba completamente en silencio. Cuervo miró a sus acompañantes.

—¿Quieren explorar? —sugirió.

—¡Sí por favor! —maulló Riley.

Cuervo los siguió al interior. El suelo estaba ocupado por rocas partidas y escombros. Una pendiente de madera irregular conducía al siguiente piso, y por encima de este Cuervo podía ver el cielo a través de agujeros en el techo.

—¡Miren esto! —aulló Riley. Saltó sobre el escombro más cercano, para luego rebotar e impulsarse hacia la pendiente de madera. La misma crujió bajo su peso, por lo que saltó al suelo, soltando una nube de polvo tras de sí.

—¡Eso fue divertido! —jadeó.

—¡Voy a perseguirte! —maulló Bella saltando hacia él. Riley dio media vuelta y salió a toda velocidad, pasando por Cuervo tan rápido que su pelaje se erizó.

Cuervo empezó a preocuparse de que alguna criatura podría oírlos. Abrió la boca para advertirles que se tranquilizaran, cuando de repente avistó una sombra en la puerta detrás de él. Cuervo se dio la vuelta con

las garras desenvainadas, listo para enfrentarse a la amenaza. Al darse cuenta de quién se trataba, se paralizó del asombro.

—¡Centeno!

El primer impulso de Cuervo fue dirigirse a su viejo amigo para restregarse y compartir lenguas de alegría. Pero se contuvo al recordar las amargas palabras de su último encuentro.

Centeno habló primero.

—Lo siento mucho —soltó—. No debí haber intentado impedir que ayudaras a los cachorros de Violeta. Eres valiente y generoso, no te merezco…

Cuervo avanzó y presionó su hocico contra el de Centeno.

—No seas cerebro de ratón. Tenías razón al preocuparte. Ha sido difícil, pero estamos bien —sintió un nudo en la garganta—. Y ahora estamos aún mejor gracias a que estás aquí.

Centeno le acarició la cabeza con la nariz.

—Partí poco después de que tú lo hicieras. Pensé que el granero era mi hogar, pero mi hogar es donde quiera que estés. —Dio un paso atrás, lanzando una mirada hacia Cuervo—. Yo… pensé que te ibas porque ya no querías estar más conmigo.

—¡Eso nunca sucederá! —maulló Cuervo. Lamento haberme ido sin ti, te he echado de menos cada paso del camino.

—¡Wow! ¡Es Centeno! —Bella apareció bajando la pendiente de madera. El sonido de los pasos de su hermano resonó desde más arriba, y Cuervo miró nerviosamente la temblorosa estructura.

Con un estruendo, Riley corrió para unirse a ellos.

—¿Vas a venir con nosotros al Clan del Cielo?

Centeno asintió.

—No podía dejarlos vivir esta gran aventura sin mí, ¿eh?

—¡Ha sido increíble! —maulló Bella para sorpresa de Cuervo—. ¡Nos topamos con un perro realmente feroz, y tuvimos que escondernos en un arbusto!

Centeno pareció alarmado.

—Está bien —intervino Riley—. Nos mantuvimos silenciosos hasta que el perro se fue. Cuervo se aseguró de que no saliéramos del escondite hasta que fuera seguro.

—¡Y nos ha enseñado movimientos de combate! —exclamó Bella—. ¡Podemos hacer la postura del cazador, el golpe de pata delantera, y el golpe con giro!

Centeno miró a Cuervo.

—Me alegra saber que ha estado cuidando de ustedes —ronroneó.

Bella asintió.

—Sí, pero es muy mandón —añadió.

—¡Como debe ser! —maulló Centeno—. Él sabe todo sobre la vida de un gato de Clan, así que deben escuchar todo lo que les dice. —Miró alrededor, al resto de la guarida abandonada—. ¿Estás planeando hacer campamento aquí, o deberíamos continuar?

—¡Continuemos! —gritó Riley, corriendo hacia puerta con Bella pisándole los talones.

Cuervo parpadeó cariñosamente a Centeno.

—¡Ciertamente sabes cómo motivarlos!

El gato blanco y negro deslizó su cola por el flanco de Cuervo.

—Estoy tan orgulloso de ti por hacer esto. Tienes razón, ellos merecen elegir qué vida llevar, como lo hicimos nosotros, hace mucho tiempo.

Hombro con hombro, salieron a la luz del día. Cuervo olvidó el cansancio en sus piernas mientras trotaba junto a Centeno. Riley y Bella tomaron la delantera, volviéndose de vez en cuando para informar a los gatos de más edad acerca de cada aroma, cada onda en el río, cada hoja que caía.

—Ciertamente son observadores —comentó Centeno mientras todos se detenían para mirar una libélula que Bella había encontrado sobre una caña.

Al anochecer, alcanzaron un pequeño estanque mantenido por una cascada baja. Cuervo y Centeno se detuvieron sobre unas rocas para disfrutar la calidez de los últimos rayos de sol, mientras los gatos jóvenes jugaban al borde del agua, persiguiendo los arcoíris que aparecían en las salpicaduras. Riley se aventuró al lado lejano de la orilla y de un salto se zambulló en el agua, desapareciendo al instante. Bella chilló de terror, pero un momento después su hermano emergió en la superficie esparciendo gotas por doquier, con un pez retorciéndose entre sus fauces. Salió del agua y lo dejó caer triunfalmente junto a Cuervo y Centeno.

—¡Miren lo que atrapé! —anunció.

—¿Lo atrapaste? ¿O cayó en tu boca cuando te caíste? —bromeó Centeno.

—Sea lo que sea que haya pasado, es la mejor pieza que hemos cazado en bastante tiempo —ronroneó Cuervo—. ¡Bien hecho, Riley!

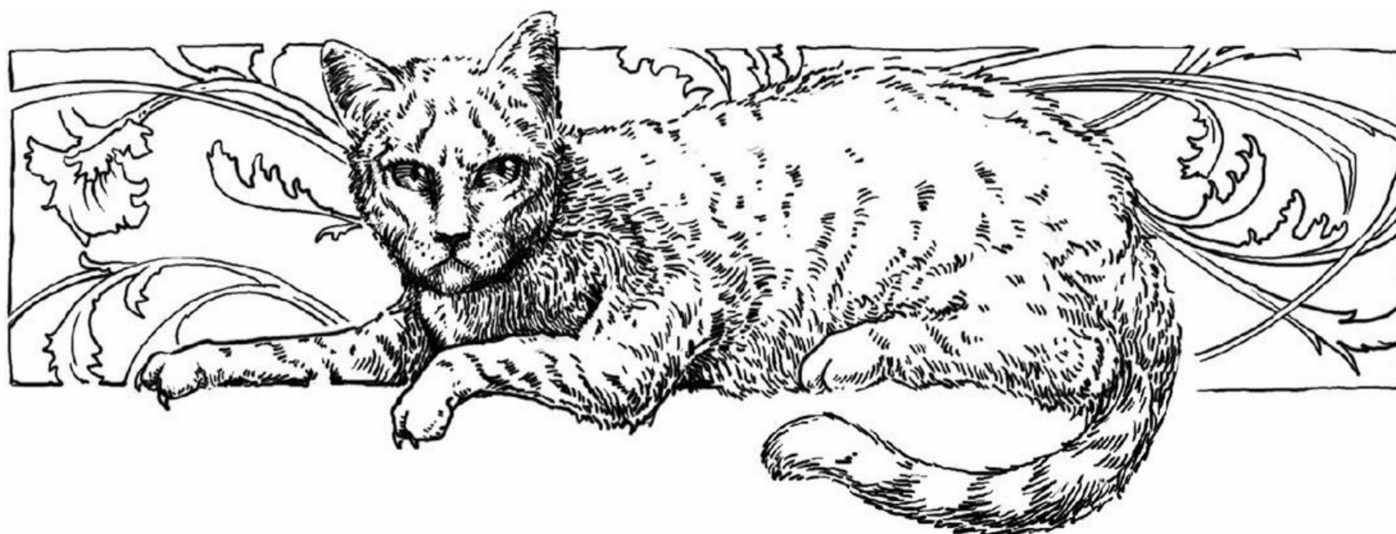
El gato atigrado gris sacudió su pelaje, haciendo que Bella soltara un alarido cuando el agua salpicó su pelaje. Cuervo les permitió comer primero. Era consciente de que Centeno estaba muy cerca mientras observaban a los jóvenes gatos acurrucarse.

—No puedo creer lo bien que se han adaptado a la vida salvaje —murmuró Centeno—. Has hecho un gran trabajo.

—Han sido muy valientes —respondió Cuervo—. Estoy orgulloso de ellos.

Centeno se apoyó en él, aspirando su cálido, suave y familiar aroma.

—Debes estarlo —susurró.



CAPÍTULO 7

Durmieron en el largo césped junto a la cascada, ambientado por el suave chapoteo del agua, y despertaron cuando los primeros rayos de sol irradiaron los árboles. Centeno cazó una ardilla, y Cuervo se sintió aliviado de ver a Bella comiendo tan vigorosamente como su hermano una vez más.

Junto a ellos, el río se hacía cada vez más estrecho y menos profundo, hasta una pronunciada pendiente con bancos de arena, con apenas suficiente espacio para que los gatos pasaran junto a la orilla. Con Cuervo en la delantera y Centeno siguiéndolo de cerca, caminaron en fila india, mientras Riley y Bella cerraban la marcha mientras charlaban entre sí, compitiendo para detectar pececillos desde la brillante superficie del agua. Cuervo no les prestaba mucha atención, sabía que estaban aproximándose al final del río, lo que significaba que cruzarían la frontera del Clan del Cielo en cualquier momento.

—¡Tengo más calor que un zorro en llamas! —jadeó Centeno—. ¿Podemos buscar un lugar a la sombra para descansar?

Cuervo entornó los ojos. Allí parecía no haber nada más que la corriente y sus bancos de arena, había árboles en la parte superior de los bancos, pero dudaba que pudieran trepar por la escarpada pendiente. Riley pasó apretujado por su lado.

—¡Iré a darle un vistazo! —El gato gris corrió un poco a lo largo de la orilla hasta unas matas de aulagas. Hizo una pausa para olfatear, para luego desaparecer de la vista del resto.

Cuando los demás lo alcanzaron, Riley los observó con petulancia desde una pequeña cueva resguardada por la vegetación. Era un lugar acogedor, pero carecía de mucho espacio, sólo lo justo para que los cuatro gatos pudieran echarse a descansar.

—Tengo hambre —maulló Bella.

—Descansaremos aquí por un momento, luego buscaremos un lugar para cazar —prometió Cuervo. Sus zarpas le dolían por la abrasadora arena por la que venían caminando, y su panza le dolía. Mientras los demás se acomodaban a su alrededor, cerró los ojos.

De repente, su olfato se llenó de aromas poderosamente familiares. Escuchó susurros suaves, no de sus compañeros, sino de otros dos gatos. Eran voces que no había escuchado en mucho tiempo. El corazón de Cuervo dio un brinco de emoción. A pesar de no poder distinguir lo que decían, sabía que estaba escuchando a Estrella de Fuego y Tormenta de Arena. Podía sentirlos a su alrededor, nerviosos y emocionados. Se habían refugiado en el mismo lugar, sabiendo que su viaje se acercaba a su fin.

«*¡Lo he hecho!* —pensó Cuervo—. *¡He seguido sus pasos hasta el Clan del Cielo!*».

Abrió los ojos para ver a Bella, de pie a la entrada de la pequeña cueva, observando el exterior.

—¡Creo que escuché algo! —maulló—. Otro gato.

Cuervo respiró hondo.

—Estamos cerca del territorio del Clan del Cielo ahora —maulló. Tres pares de ojos lo miraron fijamente en la penumbra—. No creo que hayamos cruzado su frontera, pero debemos andar con cuidado de ahora en adelante. A los Clanes no le gustan los intrusos.

Riley se lamió el pecho,

—¿Qué pasará si no les gustamos? —musitó.

—¿Y si piensan que solo somos mascotas tontas? —agregó Bella.

Centeno apoyó la cola sobre su flanco.

—Si no son bienvenidos aquí, los llevaremos de regreso a su hogar. No los abandonaremos, lo prometo.

Cuervo miró a su amigo y asintió.

Salieron de la cueva y caminaron silenciosamente a lo largo del arroyo. No había señales del gato que Bella pensó que había visto, pero Cuervo mantuvo su boca abierta para saborear el aire. El barranco se abría más adelante, y las corrientes caían hacia abajo hasta continuar su

recorrido entre los árboles junto a un brillante arroyo. Centeno atrapó un conejo joven el cual devoraron en pocos bocados, todavía alerta por señales de un gato de Clan. El cielo se había tapado con nubes trayendo un temprano anochecer. Cuervo resolvió que podrían pasar la noche aquí y entrar en el territorio del Clan del Cielo por la mañana. Centeno encontró un montón de hojas secas debajo de un avellano, que oficiaría de lecho. Riley y Bella se asentaron abajo obedientemente; estaban mucho más calmados que de costumbre, como si supieran que la verdadera aventura estaba a punto de comenzar.

Cuervo le pidió a Centeno que se quedara con ellos mientras exploraba las inmediaciones.

—No queremos que el Clan del Cielo nos encuentre durmiendo a un ratón de distancia de su territorio —señaló. Y Centeno asintió.

Cuervo dejó la corriente y se deslizó a través de los árboles, deteniéndose cada pocos pasos para olfatear arbustos y saborear el aire. Había un fuerte olor a gatos, a pesar de que aún no había captado ninguna marca olorosa. También distinguió algunos rastros de mascotas, a veces casi imperceptibles respecto al aroma de los gatos salvajes, pero por momentos, nítidos e inesperados, ya que se encontraban lejos de cualquier guarida de Dos Patas. Cuervo no se había anticipado a tal mezcla de aromas, incluso sabiendo que el Clan del Cielo tenía guerreros que vivían como mininos domésticos parte del tiempo.

Regresó al avellano y se acostó debajo. Centeno estaba profundamente dormido, roncando, pero Riley y Bella todavía estaban despiertos.

—¡No tenemos sueño! —susurró Bella.

—¡Cuéntanos un poco más sobre el código guerrero! —suplicó Riley.

Cuervo suspiró.

—Está bien, pero después deben irse a dormir. ¿Alguno recuerda alguna de las reglas de las que hemos hablado hasta ahora?

—Debes estar preparado para morir por tu Clan —comenzó Riley—. Y no puedes ser amigo de gatos de otros Clanes.

—No traspasar la frontera con otro Clan —maulló Bella, luego ladeó la cabeza—. Pero si el Clan del Cielo es el único Clan por aquí, eso no importa, ¿o sí?

Cuervo agitó las orejas.

—Puede haber solitarios en el bosque que desde luego no son bienvenidos, ¿qué más?

—Los veteranos y los cachorros deben comer primero —maulló Riley—. Y si matas una presa es únicamente para alimentarte.

—¡Esas son dos reglas! —protestó Bella.

—Ambos lo están haciendo muy bien —les dijo Cuervo—. Bueno, aquí les tengo algunas más.

Por un momento sintió que estaba de vuelta en la hondonada de entrenamiento, escuchando a Tormenta Blanca instruyendo a los nuevos aprendices. Amable, paciente Tormenta Blanca, un gato que se había esforzado mucho en hacer el aprendizaje de Cuervo soportable.

—Un guerrero recién nombrado vela por todo el Clan en su primera noche. Un guerrero debe ser mentor de al menos un aprendiz antes de poder convertirse en lugarteniente.

Hizo una pausa, pensando más profundamente.

—Cuando el líder de un Clan muere, el lugarteniente es el que se hace cargo.

Se detuvo. Riley y Bella estaban demasiado silenciosos, y sus flancos subían y bajaban lentamente. Se habían quedado dormidos. Cuervo se acurrucó y hundió su hocico en el pelaje del vientre de Centeno. Riley y Bella estaban entrenando tan duro para aprender sobre la vida de un guerrero; solo esperaba que el Clan del Cielo les diera la oportunidad de probarlo.

—Oh, ¿qué tenemos aquí? ¿Cuatro pequeños guerreros perdidos en el bosque?

Una voz aguda despertó a Cuervo. En un instante se puso de pie, gruñendo. Cinco gatos rodearon la guarida con los ojos entornados y las orejas pegadas al cráneo. No lucían como guerreros, además; desprendían el hedor usual de las mascotas, empalagoso y desagradable. Tenían el pelaje elegante y brillante; y se veían gordos y sobrealimentados en lugar de bien musculosos. Pero había malicia en sus ojos, y no había duda del reto en la voz del primer gato.

—¿Te tragaste la lengua? —se burló. Era un atigrado oscuro, casi negro, con penetrantes ojos verdes—. No sabía que a las patrullas se les permitía dormir.

Cuervo sintió a los otros gatos moverse nerviosamente a su lado.

—Déjanos en paz —gruñó—. No estamos haciendo nada malo.

Estos no eran gatos del Clan del Cielo, para empezar, habían sonado despectivos cuando hablaron de las patrullas. Dio un paso al frente y dejó que su pelaje se erizara a lo largo de su columna vertebral.

—¡Das tanto miedo! —se jactó el atigrado, pretendiendo retroceder. Luego se inclinó hacia adelante—. Es broma. No me gusta el aspecto de ustedes. No huelen a esos gatos tontos del Clan del Cielo, pero están lo suficientemente flacos para ser gatos salvajes. ¡Vuelvan por donde vinieron!

—Tendrán que obligarnos —gruñó Centeno, dando un paso al lado de Cuervo.

Por un momento, el atigrado pareció menos confiado. Centeno era alto y tenía anchos hombros, y había amenaza en su gruñido.

—Ya escuchaste lo que dijo Pasha —maulló otro gato. Su manto era rojizo con blanco—. Váyanse.

Los otros tres gatos dieron un paso al frente para entrar a la guarida.

Bella se deslizó entre Centeno y Cuervo.

—¡Y ustedes escucharon lo que nosotros dijimos! No nos iremos a menos que nos obliguen. Somos guerreros, sabemos luchar.

—¿Guerreros? —espetó Pasha—. Ja, no nos asustan. —Movió sus orejas hacia Cuervo—. Corre, aliento de ardilla.

¡Slap!

Rápido como un rayo, Cuervo alzó una pata delantera y golpeó al atigrado entre sus orejas. El minino doméstico se tambaleó hacia atrás con un aullido.

—¡Te arrepentirás! —siseó. Se giró hacia Cuervo, su gruesa cola moviéndose de un lado a otro.

Una de sus compañeras, una gata con manchas plateadas y negras interrumpió

—Esto es aburrido, Pasha. Me está dando frío, ¿no podemos revisar el desfiladero como lo hicimos anoche? Eso fue mucho más divertido.

—Este montón de comadrejas será demasiado fácil de combatir —acordó la gata rojiza y blanca.

Pasha miró una vez más a Cuervo.

—Si te vuelvo a ver, lo lamentarás —gruñó. Luego dio media vuelta y saltó hacia los árboles—. ¡Vamos, démosle otra sorpresa al Clan del Cielo!

Cuervo los vio desaparecer en las sombras. Su corazón latía con fuerza y su pata palpitaba donde había golpeado al gato atigrado.

—Bueno, ¡no eran muy agradables! —exclamó Bella.

—Parece que tampoco lo son con el Clan del Cielo —comentó Centeno. Arqueó una ceja hacia Cuervo—. ¿Crees que van a invadir el campamento?

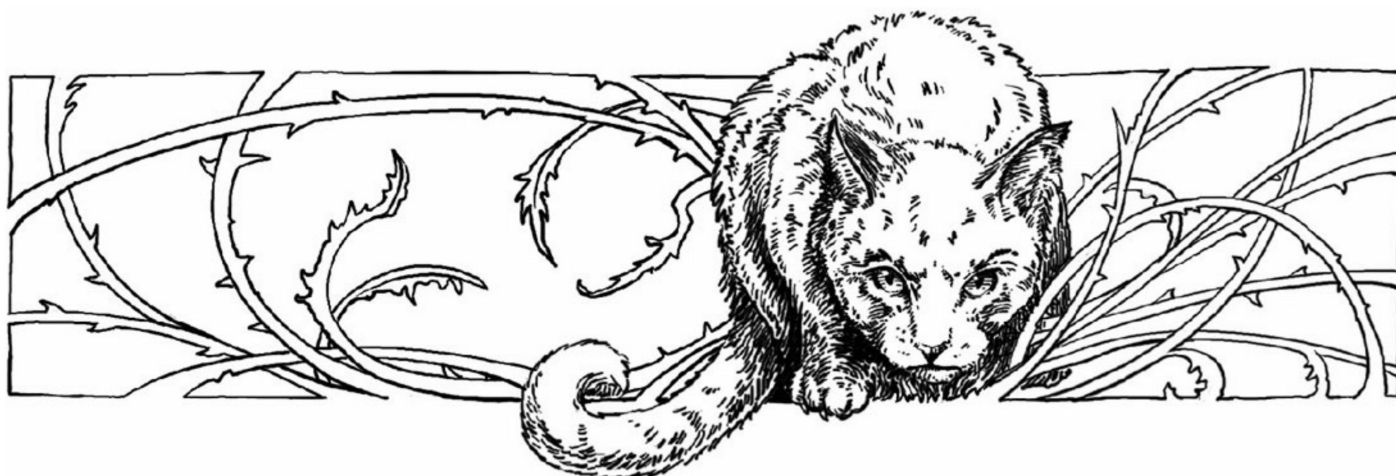
Cuervo se encogió de hombros.

—Creo que son pura cháchara —maulló—. De lo contrario, nos habrían atacado mientras dormíamos. No creo que nos vuelvan a molestar esta noche. Sus dueños Dos Patas los esperarán en casa antes del amanecer.

Se acostó de nuevo y comenzó a lamerse la pata delantera. Los demás se acomodaron a su alrededor.

—Me quedaré despierto para asegurarme de que no vuelvan —murmuró Centeno al oído de Cuervo.

Cuervo asintió en agradecimiento. Deben de estar cerca de la frontera con el Clan del Cielo, a juzgar por lo que esos gatos habían dicho. Mañana Riley y Bella verían su nuevo hogar por primera vez. «*Siempre y cuando el Clan del Cielo se los permita*».



CAPÍTULO 8

Cuervo no esperaba volver a dormir después del sobresalto de los visitantes nocturnos, pero cuando volvió a abrir los ojos se encontraba solo en la guarida, rayos de sol se filtraban a través de las ramas.

—¿Centeno? —maulló.

—Aquí estoy —llegó la respuesta, seguido del pelaje blanco y negro de Centeno entrando en la guarida. Venía arrastrando una ardilla—. Te trajimos algo para comer —anunció.

Los rostros de Riley y Bella aparecieron en el borde del arbusto.

—¡Subimos a un árbol y perseguimos la ardilla haciéndola dirigirse directo hacia Centeno! —exclamó Riley.

—¡Wow! —maulló Cuervo, impresionado. Recordó a Estrella de Fuego contando sobre la inusual habilidad del Clan del Cielo de cazar en las alturas. Quizá Riley y Bella encajarían incluso mejor de lo que había imaginado.

Compartieron la ardilla y enterraron los restos a poca distancia del arbusto. Riley encontró el camino de regreso al río, y siguieron adelante. Todos alerta a los ruidos y olores que desprendían los árboles alrededor de ellos.

Aun así, Cuervo saltó cuando sintió movimiento detrás de un acebo. Aparecieron tres gatos a bloquear su camino. Eran hembras: una guerrera de pelo rojizo y largas patas, flanqueada por una guerrera gris. Cerraba el bloqueo una gata blanca más pequeña, que, a juzgar por sus patas temblorosas y ojos abiertos de par en par, probablemente se trataba de una aprendiza.

—¿Qué están haciendo aquí? —gruño la gata de color rojizo—. ¡Esto es territorio del Clan del Cielo!

Cuervo captó un fuerte olor que venía del acebo, y se dio cuenta de que estaban a menos de un zorro de distancia del borde.

—¡No son bienvenidos aquí! —siseó la guerrera gris.

—¡Sí, váyanse de aquí! —intervino la aprendiza. La gata gris la miró, sorprendida.

—Pero hemos recorrido un largo camino —empezó Riley.

—Entonces tendrán un largo camino de vuelta a casa —gruñó la gata rojiza.

—Esperen —suplicó Cuervo, dio un paso adelante junto a Riley—. Venimos en son de paz. Soy amigo de Estrella de Fuego, el gato que salvó a su Clan, ¿lo conocen?

Los tres gatos lo miraron vacilantes, Cuervo sintió que el corazón se le encogía. No había considerado la posibilidad de que los gatos del Clan del Cielo pudieran haber olvidado a los gatos del Clan del Trueno que los habían ayudado lunas atrás.

La guerrera rojiza se agitó.

—He escuchado a mi madre hablar de un gato con ese nombre, ¿por qué? ¿Él está aquí?

Cuervo negó con la cabeza.

—No, pero hace un tiempo era mi amigo más cercano, pensaba que sus amigos del Clan del Cielo estarían dispuestos a hablar conmigo.

La gata rojiza lo miró de arriba a abajo.

—No hueles a gato de Clan —comentó—. Hueles a vacas.

—No soy un gato de Clan —admitió Cuervo—. Al menos, ya no. Escuchen, ¿Estrella de Hojas sigue siendo su líder? Por favor, ¿podríamos hablar con ella? Dile… dile que Cuervo, el amigo de Estrella de Fuego está aquí.

La guerrera se quedó observándolo por unos instantes, luego se volvió hacia la aprendiza.

—Zarpa de Nube, dile a mi madre que venga.

Zarpa de Nube asintió y se marchó corriendo.

Centeno se acercó para colocarse al lado de Cuervo.

—Soy Centeno —anunció, agachando su cabeza—. Y estos son Riley y Bella.

La gata pelirroja movió la cola.

—Soy Helecho de Fuego, y ella es Sauce de Ciruela.

—Er… bonito territorio —balbuceó Cuervo, tratando de romper el tenso silencio.

—¿Cómo puedes saberlo? Aún no lo has visto —señaló Sauce de Ciruela.

Centeno captó la mirada de Cuervo y sacudió la cabeza. Parecía que hoy no iban a poder hacer amigos.

Riley y Bella estaban empezando a inquietarse cuando Cuervo escuchó el sonido de pasos. Zarpa de Nube corrió a lo largo del arroyo, seguida de una gata atigrada pardo con crema. No era joven, pero se movía ágil y con gracia, sus ojos ámbar brillaban. Se detuvo al lado de Helecho de Fuego y estudió a los visitantes.

—Soy Estrella de Hojas, líder del Clan del Cielo.

Su mirada se encontró con la de Cuervo.

—Recuerdo a Estrella de Fuego hablando sobre ti. Huiste del Clan del Trueno, ¿no es así?

—Sí, lo hice —admitió Cuervo—. Vivo con Centeno ahora. —El gato blanco y negro hizo una reverencia—. Hemos venido aquí con los familiares de Centeno, Riley y Bella.

—¿Aún vives cerca de los Clanes? —preguntó Estrella de Hojas. Cuervo asintió; estaba a punto de explicar que los Clanes habían migrado cuando Estrella de Hojas continuó—: Entonces has recorrido un largo camino. Debe ser importante, sea cual sea el motivo.

Cuervo de repente se sintió desprevenido. ¿Cómo podía preguntarle a esta fornida y poderosa líder, si dos extraños podían unirse a su Clan?

Vaciló durante demasiado tiempo. Centeno levantó la cabeza y maulló.

—Los cachorros de Violeta, mi hermana, desean convertirse en guerreros. Por favor, ¿les permites unirse al Clan del Cielo? Ya han comenzado su entrenamiento, y son realmente buenos.

Los ojos de Estrella de Hojas se abrieron de par en par. Junto a ella, los pelajes de Helecho de Fuego y Sauce de Ciruela se erizaron. Zarpa de Nube se inclinó hacia adelante y olfateó el pelaje de Bella.

—Esta huele raro —maulló, retrocediendo—. ¡No puede ser una guerrera!

—¿Damos la impresión de aceptar extraños? —gruñó Helecho de Fuego.

—¡No soy un extraño! —resopló Riley.

—¡Silencio! —ordenó Estrella de Hojas alzando su cola—. El Clan del Cielo se siente honrado por su petición. Aprecio que hayan hecho este largo viaje. Pero no es así de sencillo. El Clan del Cielo es fuerte y próspero, no necesitamos reclutar nuevos guerreros, como lo hemos hecho en el pasado. Ya contamos con suficientes guerreros leales.

Cuervo sintió como si el suelo se hubiera abierto bajo sus patas. «¡Ni siquiera le dio a Riley y Bella la más mínima oportunidad!». Se había imaginado a Estrella de Hojas mostrándose reacia, pero esperaba que cuando notara cuán determinados estaban los jóvenes y cómo habían progresado, podría persuadirla.

—¿Es porque solíamos ser mininos domésticos? —maulló Bella—. Porque Cuervo nos contó que algunos de los guerreros del Clan del Cielo siguen siendo mascotas. ¡Nosotros seremos guerreros todo el tiempo, lo prometo!

Estrella de Hojas parpadeó.

—Eso es verdad, el Clan del Cielo tiene guerreros diurnos, pero ellos entrenaron largas estaciones, y confío en su lealtad hacia sus compañeros de Clan.

—¡Nosotros también podemos hacerlo! —replicó Riley; pero Centeno lo hizo callar con un movimiento de la cola.

—No puedo desmerecer su entusiasmo —le comentó Estrella de Hojas a Cuervo. Inclinó la cabeza a un lado—. Pero ¿por qué han venido hasta aquí para preguntar si son bienvenidos en el Clan del Cielo? ¿Por qué no pedirle a Estrella de Fuego que acepte a Riley y Bella en el Clan del Trueno?

Cuervo parpadeó.

—Porque el Clan del Trueno ya no está —logró decir, sintiendo que el dolor lo asfixiaba de nuevo—. Todos los Clanes han abandonado el viejo territorio. El bosque fue destrozado para construir nuevos Senderos Atronadores, ya no había lugar para ningún gato. Los observé mientras se iban, pero… no sé dónde se encuentran ahora.

La mirada de Estrella de Hojas se nubló.

—Pobre de Estrella de Fuego y Tormenta de Arena, ¡tuvieron que abandonar su hogar! Espero que estén a salvo, donde quiera que estén.

—Confío en que lo están —maulló Cuervo—. El Clan Estelar me habría enviado alguna señal si algo malo les hubiera sucedido.

Notó que Centeno lo miraba de soslayo, y Cuervo sintió una punzada de culpa. Rara vez había hablado del Clan Estelar con su amigo, y tal vez

Centeno había asumido que sus antepasados guerreros ya no significaban nada para él.

Estrella de Hojas suspiró.

—He tratado de mantener el recuerdo de Estrella de Fuego y Tormenta de Arena vivo en mi Clan —murmuró—. El Clan del Cielo les debe todo. Pero han pasado unas cuantas estaciones, y para empezar no todos mis guerreros estaban allí. —Se irguió de nuevo—. Cualquier amigo de Estrella de Fuego es bienvenido a visitar a mi Clan, pero solo como invitados. Siempre estaremos agradecidos por lo que Estrella de Fuego y Tormenta de Arena hicieron. Pero no podemos aceptar gatos desconocidos para entrenar como guerreros. Lo siento mucho.

Se volvió para irse, dejando en claro que la bienvenida a los amigos de Estrella de Fuego comenzaba y terminaba en el borde del territorio. Los otros gatos la siguieron, excepto Sauce de Ciruela, que se detuvo a sisear.

—¡Ni piensen en robar nuestras presas! —Antes de emprender la marcha detrás de sus compañeros de Clan.

Cuervo miró observó consternado como los guerreros desaparecían en su territorio.

—¡Eran *malos*! —gruñó Bella.

—¡Ni siquiera nos dieron una oportunidad para mostrar nuestros movimientos de combate! —murmuró Riley.

—Lo siento —maulló Cuervo—. No pensé que sería así.

—Volvamos a la cueva del barranco —sugirió Centeno—. No creo que debamos permanecer tan cerca de la frontera. —Se acercó a Bella, cuya cola se había desplomado al suelo—. Estoy muy orgulloso de ti —le dijo—. Y de ti, Riley. Han aprendido mucho en este viaje. Son valientes, fuertes e inteligentes. Serían grandes guerreros, ¿no es así, Cuervo?

—Sí, por supuesto.

Cuervo comenzó a caminar de regreso por el arroyo. Sentía que el pelaje le quemaba. ¿Por qué les había dado esperanza a estos jóvenes? ¿Todo por nada más que dolor bajo las zarpas y el pelaje manchado de viajar? Sintió un dolor punzante en su vientre y tropezó.

En un abrir y cerrar de ojos, Centeno estaba a su lado, levantándolo.

—¿Estás bien?

—Solo cansado —dijo Cuervo con voz ronca—. Voy a estar bien una vez que lleguemos a la cueva.

Centeno se quedó a su lado, inquieto, hasta que se instaló en el polvoriento suelo. Riley y Bella se desplomaron a su lado con el hocico entre sus patas.

—Iré a cazar —maulló Centeno—. Ustedes quédense aquí a descansar.

Cuervo durmió profundamente hasta que algo le pinchó en el costado, enviando un espasmo a través de su vientre. Riley y Bella estaban de pie en la cueva a su lado con los ojos abiertos de par en par. Estaba oscuro, Cuervo había dormido más tiempo de lo que pensó. Centeno estaba acurrucado en su lomo.

—¡Algo está pasando! —chilló Bella.

Cuervo aguzó el oído. Aullidos y bufidos hacían eco desde el desfiladero.

—¿Crees que están atacando al Clan del Cielo? —susurró Riley.

—No lo sé. Sea lo que sea, no suena bien.

Cuervo se puso de pie y caminó hasta la boca de la cueva.

—¿A dónde vas? —inquirió Centeno, incorporándose.

—A ver qué está pasando.

—No sin mí —maulló Centeno.

—¡Ni nosotros! —Intervinieron Riley y Bella.

Cuervo suspiró.

—Bueno. Pero deben ser sigilosos.

—Seremos tan sigilosos como un par de ratones —prometió Riley.

Bella miró de soslayo a su hermano.

—En realidad, los ratones son bastante ruidosos. Siempre andan chillando y arrastrándose sobre hojas.

—¡Más silencioso que un par de ratones muertos, entonces! —siseó su hermano.

Caminaron a lo largo del arroyo hacia donde los bancos se aplanaban entre los árboles. Los aullidos de los gatos resonaban cada vez más fuerte. Cuervo cruzó el acebo con la marca olorosa y echó una mirada a los demás, asintiendo con la cabeza para indicar que deberían seguir. Ya estaban dentro del territorio del Clan del Cielo. Cuervo sentía que se le erizaba el pelaje, pero se mantuvo en marcha pisando con sigilo, a pesar

de que cualquier ruido se ahogaría en los chillidos que venían de más adelante.

Hizo una pausa al llegar al límite de los árboles. A la luz de las estrellas, Cuervo vislumbró una enorme y oscura figura que sobresalía del arroyo. ¿Una roca, quizás? Más allá, gatos corrían de un lado a otro entre la arena y barrancos, soltando fieros alaridos de batalla. Cuervo llamó la atención de los demás con un movimiento de cola, luego corrió al barranco más cercano, que daba paso a una enorme extensión de hierba y maleza. En el horizonte, luces amarillas centelleaban; debía tratarse de un poblado de Dos Patas.

Caminó hasta el borde del acantilado y se asomó hacia abajo. Se sentía muy expuesto allí, pero ninguno de los gatos en la parte baja del barranco parecía notar su presencia. Centeno, Riley y Bella se arrastraron a su lado y observaron la escena, paralizándose de horror. En medio de los senderos que se entrecruzaban por el valle, los gatos estaban envueltos en una maraña de uñas y zarpas, aullando de ira. Cuervo vislumbró un montón de piezas volando para quedar desparramadas por el suelo, por el olor que desprendían supuso que se trataba del montón de carne fresca.

A medida que los ojos de Cuervo se iban acostumbrando a la penumbra, se fue dando cuenta de que cinco o seis gatos eran los que perseguían a los demás, provocándolos con bufidos y gruñidos. Más y más gatos salían de las guaridas del campamento, incluidos algunos cachorros que apenas parecían capaces de caminar.

—¡Llévalos de vuelta a la maternidad! —chilló una gata.

—Pobres cachorritos, son demasiado pequeños para estar lejos de su madre —se burló una voz familiar.

Cuervo miró a Centeno. ¡Se trataba de Pasha! Se asomó por el barranco una vez más y distinguió las formas de los otros gatos que los habían molestado la noche anterior. ¿Estaban atacando solos a todo el Clan?

—¡A mí, Clan del Cielo! —exclamó Estrella de Hojas. Sus manchas crema brillaban en la penumbra. Cuando al fin los guerreros consiguieron una formación más o menos ordenada, dirigieron su ataque contra los intrusos, bufando y gruñéndoles con las garras desenvainadas.

En un coro de maullidos burlones, las mascotas se dieron media vuelta y emprendieron la retirada del barranco.

—¡Volveremos! —gritó Pasha, tan cerca de Cuervo que casi choca con él.

Cuervo y sus compañeros se agazaparon en la hierba casi sin respirar hasta que los mininos de compañía se alejaron del lugar.

Debajo, el campamento del Clan del Cielo se quedó en silencio, solo se sentían los tenues lloriqueos de los cachorros y las maldiciones entre dientes de los veteranos que habían sido despertados por el lío.

—¡Tres noches seguidas! —siseó uno de ellos.

Estrella de Hojas habló con voz firme.

—Encontraremos un modo de detenerlos, lo prometo. Regresen a sus guaridas e intenten descansar.

—¡Wow! —resolló Bella—. Esas mascotas le están causando grandes problemas al Clan del Cielo.

Cuervo se alejó del borde del acantilado. Sintió un fuerte olor al Clan del Cielo y se dio cuenta de que había estado agazapado justo encima de una marca olorosa.

—¡Imagínense tener que lidiar con eso cada noche! —comentó Centeno. Comenzaron a caminar de regreso por la pendiente hasta el arroyo.

—No entiendo por qué les permiten a esas mascotas entrar en su campamento —maulló Riley—. ¡Los gatos del Clan del Cielo son guerreros! Deberían poder lidiar con esa amenaza por sí mismos.

Cuervo negó con la cabeza.

—No creo que ninguno de esos mininos caseros esté ahí por algún propósito en concreto. Parece que solo querían despertarlos a todos por el simple hecho de molestar.

—Afortunadamente, es problema suyo, nosotros no tenemos nada que ver —maulló Centeno—. Miren, ahí está la cueva. Vamos, ustedes dos, duerman un poco. Mañana emprenderemos el regreso a casa. Estrella de Hojas ha dejado muy claro que no debemos permanecer aquí.

Le indicó a Riley y Bella que entraran y se acurrucó junto a ellos. Cuervo se acomodó cerca de la entrada, con el hocico entre sus patas. Centeno tenía razón, si Estrella de Hojas quería que se fueran, ya no había razón por la cual quedarse en ese lugar. Pero no podía quitarse de la mente la imagen de los guerreros incrédulos observando cómo una vez más su campamento era atacado.

Seguro había algo que el Clan del Cielo pudiera hacer para impedirlo, ¿o no?



Capítulo 9

Cuervo abrió los ojos, encontrándose a sí mismo acostado en una piedra lisa, al lado de una tranquila charca llena de estrellas. Se sentó y miró a su alrededor. Detrás de él, había una pendiente picada que guiaba hasta la cima de la hondonada. La piedra debajo de él estaba fría, pero su cuerpo se sentía cálido. Se acercó al borde de la charca y bebió, sintiendo como el agua traspasaba su cuerpo como si fuera luz. Se dio cuenta de que había una gata parada a su lado, con la cola descansando levemente en la espalda del gato.

—Ven, siéntate conmigo, Cuervo —ronroneó Corriente Plateada.

Se colocó pulcramente sobre la piedra, con la cola enroscada sobre las patas. La gata esperó mientras Cuervo se acomodaba, más lentamente, haciendo muecas por el dolor en su estómago.

Cuervo se dio cuenta de que la gata lo miraba con preocupación.

—¡Me estoy haciendo viejo! —bromeó. Corriente Plateada solamente lo miró con sus grandes ojos azules. El gato negro sintió un escalofrío que le recorrió el pelaje—. No… no volveré a ver mi hogar de nuevo, ¿verdad?

—No —admitió Corriente Plateada—. Pero no debes tener miedo de morir en un lugar diferente. —Se le cortó la voz—. Lo único que importa es que no estás solo, y que sabes que eres amado.

Cuervo sintió un doloroso bulto que le subía por la garganta.

—Me preocupa Centeno —susurró.

—Centeno sabe que no quieres dejarlo. Lo entiende, y no te amará menos aún si ya no puede verte.

Dos gatos más se acercaron desde el borde de la charca: un gato gris oscuro con brillantes ojos azules y el otro, un gato gris con blanco de anchos omóplatos. Corriente Plateada se levantó y asintió en dirección a ellos, luego se fue caminando hacia la pendiente.

El gato gris oscuro habló primero.

—Mi nombre es Vigilante del Cielo —maulló—. Yo era el último de los gatos del Clan del Cielo, hasta que Estrella de Fuego y Tormenta de Arena vinieron a salvar a mi Clan. Hay un lugar en el Clan del Cielo para Riley y Bella, lo prometo. Sé paciente y los ayudarás a encontrarlo.

—Y yo soy Estrella de Nube, el líder del Clan del Cielo cuando llegamos al barranco por primera vez —dijo el gato blanco y gris—. Y desde antes, cuando vivíamos en el bosque, junto a los otros Clanes.

Cuervo bajó la cabeza.

—Es un honor conocerlos a ambos.

—Hice el mismo viaje que hicieron Estrella de Fuego y Tormenta de Arena, y ahora el que hicieron tú y tus amigos —maulló el antiguo líder de Clan—. Estoy agradecido de que estés brindando nuevos guerreros a mi Clan.

—¡Pero no los quieren! —explotó Cuervo—. ¡Estrella de Hojas ni siquiera nos deja cruzar la frontera!

—Dales la oportunidad de que vean lo que estos gatos pueden brindar al Clan —argumentó Estrella de Nube—. El Clan del Cielo necesita su ayuda. Lo viste hoy mismo.

Cuervo azotó la cola.

—¡Pero el Clan del Cielo tiene a sus propios guerreros fuertes! Estrella de Hojas fue muy rápida para dejarlo en claro. ¿Qué podemos hacer nosotros que ellos no?

Sin decir ni una palabra, Vigilante del Cielo se movió hacia el borde de la charca y lanzó un guijarro hacia el agua. Aterrizó con una salpicadura y mandó ondas estrelladas en círculos, rodando hacia todos los extremos de la charca.

—Observa —ordenó Vigilante del Cielo—. La piedra llega más allá de lo que esperabas. ¿Lo ves?

Cuervo observó la temblorosa agua y se imaginó al Clan del Cielo, asustados y a la defensiva dentro del barranco, esperando a que los mininos caseros arremetieran a través del terreno vacío a invadir el territorio del Clan de nuevo. La mente del gato se aclaró y asintió.

—Ya veo —respondió.

Estrella de Nube recargó su hocico en la parte más alta de la cabeza de Cuervo.

—Por favor ayúdanos —murmuró—. En el nombre de los Clanes y en el nombre del código guerrero.

—Lo haré —prometió Cuervo.

Despertó con la primera luz grisácea del día que se colaba en la caverna. Afuera, el aire estaba frío y olía a hojarasca.

Cuervo empujó suavemente a Centeno.

—¡Despierta!

—¿Es hora de ir a casa? —maulló Bella, somnolienta. A su lado, Riley bostezó.

—No nos iremos a casa —anunció Cuervo—. Regresaremos al Clan del Cielo.

Centeno se detuvo a media estirada.

—¿Qué? Ni siquiera nos dejaron cruzar la frontera ayer. —Estrechó los ojos—. Y necesitas regresar al granero para que descanses.

—Estoy bien —le dijo Cuervo—. Soñé con el Clan Estelar anoche, y vi algo que puede ayudar a deshacernos de las mascotas.

—¡Pues vamos! —maulló Riley, corriendo hacia la boca de la caverna—. ¡Esos mininos caseros cerebros de zorro deben respetar al Clan del Cielo!

Cuervo sintió un relámpago de orgullo al ver la lealtad de Riley hacia el Clan que lo había tratado como un forastero.

Bella asintió.

—Si hay algo que podamos hacer para ayudar, entonces tenemos que regresar.

Centeno suspiró.

—Veo que estoy en desventaja —maulló. Acarició el lomo de Cuervo con la punta de su cola—. Pero si necesitas parar y descansar dímelo ¿sí? Sé que algo te está doliendo.

—Lo haré.

Cuervo los guió hacia el arroyo una vez más. Se detuvieron entre los árboles para cazar; Centeno hizo que Cuervo se recostara en un confortable montón de musgo mientras él y los jóvenes gatos acorralaban a una paloma que estaba picoteando al pie de una haya. Tan pronto como

hubieron comido y limpiado sus hocicos, continuaron hacia el borde del bosque.

A la luz del día, Cuervo podía ver claramente la enorme roca café grisácea que colgaba sobre el arroyo. El agua se desvanecía bajo la roca, y las ondas moteadas por la luz del sol emitían patrones de luz en la parte baja de la piedra. Apenas habían avanzado unos cuantos pasos más allá del arbusto de acebo cuando varias figuras aparecieron corriendo hacia ellos. Sauce de Ciruela iba a la cabeza.

—¡Les dijimos que se mantuvieran alejados! —gruñó.

Un gato rojizo avanzó al lado de ella, con el pelo erizado.

—¡Lárguense de aquí!

—¡Sauce de Ciruela, Brinco de Fuego, esperen! —Una gata atigrada plateada con ojos color verde claro saltó desde un camino cerca de la base del acantilado y bloqueó el camino de los otros gatos—. ¡Ya basta! Estos gatos no son una amenaza.

—Eso no lo sabemos —murmuró Brinco de Fuego, pero se quedó dónde estaba y observó como la atigrada plateada se acercaba hacia Cuervo y sus compañeros. Cuervo olfateó el limpio aroma de hierbas en el pelaje de la gata y observó un pedazo de telaraña que colgaba de su oreja.

—Mi nombre es Canción de Eco —maulló la gata—. Soy la curandera del Clan del Cielo. Estrella de Hojas me habló sobre ustedes.

Su voz era amable, y Cuervo dejó que el pelaje de su columna se alisara.

—Necesito hablar con Estrella de Hojas. Por favor, es importante.

Canción de Eco lo observó por un momento, luego se dio la vuelta, con la peluda cola plateada erguida.

—Síganme.

Los guió entre Sauce de Ciruela y Brinco de Fuego, quien siseó suavemente, hacia uno de los estrechos caminos. Se pausó y miró hacia atrás.

—Lo siento —maulló—. No hay mucho espacio en la guarida de Estrella de Hojas. Puedo llevar a Cuervo con ella, pero, ¿le importaría al resto esperar aquí?

Centeno observó a los guerreros que habían comenzado a emerger de sus guaridas y detrás de las rocas al fondo del valle.

—No te preocupes, están a salvo —le dijo Canción de Eco—. Zarpa de Halcón los cuidará.

Un pequeño gato robusto con el pelaje pulcro de color gris y penetrantes ojos amarillos, que apenas había salido de una guarida, asintió.

—Absolutamente —prometió.

—Gracias —maulló Canción de Eco—. Hazme saber si llega Garra de Ébano y te necesita para hacer algo más. —Se volvió hacia Cuervo—. Garra de Ébano es una guerrera diurna, así que aún no llega. Zarpa de Halcón es su aprendiz.

—Parece ser muy comprometido —remarcó Cuervo.

Canción de Eco asintió.

—Lo es, mientras lo tengamos apartado de la aprendiza de Tormenta Billy, Zarpa de Guijarro. ¡Esos dos no se llevan nada bien!

Dejaron a Centeno, Riley y Bella parados incómodamente junto al aprendiz gris y continuaron hacia la guarida de la líder. Guiaba hacia montones de distintas cuevas más pequeñas, que eran las guaridas de los guerreros, como adivinó Cuervo por los olores que emanaban de ellas, hacia un saliente donde estaban sentados tres gatos: Estrella de Hojas, un gato naranja y blanco con una cara ancha y atractiva; y un gato rojizo oscuro, quien desgarró el pelaje de Cuervo con la mirada mientras se acercaba.

Estrella de Hojas bajó la cabeza.

—¡Cuervo! No esperaba verte de nuevo. —Le señaló a los gatos que estaban a su lado, empezando por el ceñudo gato rojizo oscuro—. Él es Garra Afilada, mi lugarteniente. Y este es Tormenta Billy. Lo que sea que tengas que decirme, lo puedes decir frente a ellos.

Cuervo tomó una gran bocanada de aire y esperó que los guerreros no pudieran oír su corazón latiendo acelerado.

—Quiero ayudarlos con su... eh, problema con los mininos caseros. Vimos lo que pasó anoche, y creo que hay una forma en la cual los pueden detener.

Garra Afilada se levantó, con el pelaje erizado.

—¿Así que estaban traspasando nuestro territorio? —gruñó.

—Estábamos sobre la parte más alta del acantilado, del otro lado de las marcas de las fronteras —replicó Cuervo, intentando que no le temblaran las patas.

—Siéntate, Garra Afilada —maulló Estrella de Hojas.

El gato rojizo lentamente se fue sentando.

—Esas mascotas son una molestia, nada más —dijo con voz ronca.

—Pero deben aprender a respetar sus fronteras —maulló Cuervo—. ¡No pueden dejar que lleguen al corazón del campamento!

—¡Como si les diéramos la bienvenida! —apuntó Tormenta Billy.

Estrella de Hojas levantó una pata.

—¿Crees conocer alguna forma para mantenerlos alejados del campamento, Cuervo? —su tono era ligero, como si estuviese preparada para escucharlo, aunque fuese solo por amabilidad.

Cuervo se levantó y desenvainó las garras delanteras para marcar una figura en la arenosa saliente. Con unas cuantas líneas rápidas, hizo un círculo con ondas dispersándose, justo como el patrón en la charca llena de luz de luna que había visto en su sueño.

—Este es su campamento —explicó, señalando hacia el centro del círculo—. Pero las fronteras necesitan estar mucho más lejos, para mantener a los intrusos a una distancia segura, —apoyó su pata en la ondulación más externa—. Este es el punto que tienen que defender, a mitad de camino a través del terreno vacío entre su campamento y las guaridas de los Dos Patas. Si hacen que esa sea su frontera, y le demuestran a las mascotas que no los dejarán cruzar, entonces su hogar estará a salvo.

—¿Quién eres tú para hablarnos de fronteras? —Garra Afilada resopló—. Tú no eres ni siquiera un gato de Clan.

Pero Estrella de Hojas asintió, mirando las marcas en la arena.

—¿Quieres decir que debemos mover nuestro límite hacia atrás desde el borde del desfiladero? Sí, puedo ver que tiene sentido eso. Será más difícil de patrullar porque hay muy pocos puntos para colocar marcas por ahí, pero ciertamente protegerá el desfiladero. —Miró a Cuervo—. ¿Cómo enseñarías a los mininos caseros a mantenerse alejados del nuevo límite?

Cuervo tragó saliva. Los recuerdos de su tiempo en el Clan del Trueno giraban en su cabeza: patrullas, comprobar las marcas fronterizas, entrenar con Garra de Tigre…

—Patrullas constantes a lo largo de la nueva frontera, toda la noche, hasta que los gatos caseros aprendan exactamente donde se encuentra —maulló—. Tus guerreros necesitarán descansar durante el día, pero tal vez entonces los guerreros diurnos puedan hacerse cargo ¿no? Puede que solo necesites una patrulla constante durante una noche, si luchan lo suficiente.

—¡Siempre luchamos lo suficiente! —gruñó Garra Afilada.

Cuervo parpadeó.

—Antes de que el sol esté en su punto más alto hoy, deben poner marcas a lo largo de la nueva frontera. Construyan lugares para marcar, si es necesario, con ramas o montones de piedras. Luego descansen hasta el anochecer, cuando cada guerrero y aprendiz deba tomar su lugar a lo largo de la frontera. A esas mascotas no se les debe permitir poner una pata dentro de las marcas. —Se detuvo, jadeando. Su vientre fue agarrado por un espasmo, y se esforzó por no hacerse un ovillo para aliviarlo.

Estrella de Hojas estudió a Cuervo con un brillo pensativo en sus ojos.

—Una vez más, el Clan del Trueno viene a ayudarnos —maulló.

—Oh, yo ya no soy del Clan del Trueno —respondió Cuervo.

Estrella de Hojas no dijo nada. En su lugar se levantó y caminó por el sendero hasta el fondo del desfiladero, y luego saltó con gracia sobre la roca.

—¡Clan del Cielo, reúnanse aquí! —aulló.

Cuervo bajó cojeando detrás de Garra Afilada y Tormenta Billy para unirse a Centeno. El gato blanco y negro lo miró con preocupación, pero Cuervo se limitó a asentir hacia Estrella de Hojas, que estaba explicando el plan para ampliar los límites del Clan. Sus compañeros de Clan escucharon en silencio, con frecuentes miradas hacia los visitantes.

Cuando Estrella de Hojas hizo una seña a Cuervo con su cola. El gato tragó saliva.

—¡Adelante! —chilló Bella, saltando sobre sus patas por la emoción.

Cuervo se quedó dónde estaba (no creía que pudiera saltar a ningún sitio con ese dolor en su vientre) y se volvió hacia la multitud de gatos.

—Son más fuertes de lo que creen —comenzó, levantando la voz a pesar del dolor palpitante en su interior.

Hubo algunos murmullos indignados.

—¡No sabes nada de lo fuertes que somos!

—¡Ven aquí y lucha si crees que somos tan débiles!

Cuervo continuó.

—A diferencia de los gatos domésticos, ustedes tienen a sus ancestros guerreros de su lado, y su fe en el código guerrero para mantenerse fuertes. Tienen que convertir sus invisibles fronteras en visibles y *dolorosas* para las mascotas que no les muestren respeto. —Respiró profundamente y continuó—: ¡No son guerreros! ¡No ganarán!

—¡No son guerreros! ¡No ganarán! —corearon los gatos, y Cuervo se hundió de alivio.

Su mirada se encontró con la de Estrella de Hojas y asintió.

Garra Afilada saltó a la roca y comenzó a dividir a los gatos en patrullas para trazar el límite y crear nuevos marcadores lejos del borde del acantilado. Para sorpresa de Cuervo, se detuvo y gruñó en dirección a Riley y Bella:

—Supongo que ustedes también quieren ayudar.

Los jóvenes gatos asintieron con tanta fuerza que sus orejas se agitaron.

Garra Afilada sacudió la cola en dirección a Riley.

—Tú ve con Cola de Cereza, Bigotes de Avispa y Zarpa del Anochecer a apilar piedras para los nuevos marcadores.

Riley corrió para unirse a la patrulla. Garra Afilada señaló a Bella.

—Tú puedes ayudar a Brinco de Fuego y a Zarpa Floreciente a buscar palos en el bosque.

—¿Y los guerreros diurnos? —Sauce de Ciruela llamó desde el medio de la multitud—. ¿Van a hacer todas las tareas habituales para que podamos descansar antes de la lucha?

Un delgado gato blanco y negro asomó la cabeza.

—Haremos todo eso y nos quedaremos a luchar —declaró.

Alrededor de él varios gatos asintieron.

—¡Somos del Clan del Cielo tanto como ustedes! Esta es nuestra batalla también.

—Gracias, Macgyver —maulló Garra Afilada.

—Me han invitado a unirme a una patrulla de caza —murmuró Centeno al oído de Cuervo—. Pero tú necesitas descansar un poco.

Cuervo abrió la boca para discutir, pero Centeno continuó:

—Puedo ver que te duele. No me mientas, por favor. Cuídate mientras yo ayudo con el montón de carne fresca.

Cuervo asintió.

—Estaré aquí cuando vuelvas —prometió.

Vio al gato blanco y negro trotar hacia una patrulla que incluía a Helecho de Fuego. La gata rojiza lo saludó fríamente, pero un gato marrón pareció más acogedor y se puso al lado de Centeno mientras salían del campamento.

Canción de Eco apareció junto a Cuervo.

—¿Te sientes con ganas de una escalada? —preguntó—. No está lejos, y te prometo que valdrá la pena.

—Por supuesto —maulló Cuervo.

La siguió a lo largo del desfiladero y subió un sendero que serpenteaba de un lado a otro en ángulos estrechos hasta llegar a la cima del acantilado.

Cuervo se encaramó al suelo plano con un gruñido de alivio.

—Se vuelve más fácil —le dijo Canción de Eco, apenas sin aliento. Señaló con su cola a una losa rocosa que sobresalía por encima del desfiladero—. Este es un lugar muy especial para el Clan del Cielo —explicó—. Es donde nos reunimos en la luna llena, y dónde vengo a hablar con el Clan Estelar.

Se sentó en la roca y le indicó a Cuervo que se acostara a su lado.

—Me encanta estar aquí arriba —murmuró Canción de Eco, contemplando el desfiladero y el bosque más allá—. Es tan tranquilo, y, sin embargo, se puede ver todo lo que está pasando.

Cuervo asintió. Pudo ver la forma blanca y negra de Centeno saltando entre los árboles; más allá del acantilado, Riley estaba haciendo rodar una piedra con sus patas.

Entonces oyó pasos detrás de él y se giró para ver a tres gatos acercándose. Fue débilmente consciente de que Canción de Eco había desaparecido y estaba solo en la roca.

Las figuras le resultaban tan familiares que su corazón le dolía y tenía que parpadear para ver claramente.

Estrella Azul, Tormenta Blanca y Corazón de León subieron a la roca y se pararon frente a él, cada uno inclinando la cabeza en señal de respeto.

—Es un honor volver a verte —maulló Estrella Azul—. No te levantes —añadió mientras Cuervo luchaba por poner sus patas traseras debajo de él.

—Yo soy el que se siente honrado —ronroneó el gato negro.

—Nunca te olvidamos —le dijo Tormenta Blanca—. Hemos velado por ti, y nos alegramos de la felicidad que has encontrado con Centeno. —Bajó la cabeza—. Solo lamento no haber podido evitarte el dolor que sufriste en el Clan del Trueno.

—No cambiaría nada —prometió Cuervo—. Si algo hubiera sido diferente, podría no haber tenido mi vida con Centeno. He sido más feliz de lo que jamás imaginé que podría ser un gato.

Corazón de León lo miró, y Cuervo sintió que su pelaje brillaba debido al afecto.

—Hemos venido a hacer algo que deberíamos haber hecho hace mucho tiempo —explicó el atigrado dorado—. Nos gustaría darte tu nombre de guerrero. Te lo has ganado con creces, con el valor, la justicia y la lealtad que has mostrado a estos gatos, y a cada gato que se ha cruzado en tu camino.

Cuervo respiró profundamente. Cuántas veces había soñado con este momento cuando era un aprendiz, preguntándose cuál sería su nombre de guerrero. Pero ya no era un aprendiz, ya no era parte del Clan del Trueno o del bosque.

Miró a los nobles gatos frente a él.

—Gracias —ronroneó—. Pero yo ya tengo un nombre. Estoy orgulloso de haber sido Cuervo toda mi vida, y no veo ninguna razón para cambiarlo ahora.

Estrella Azul asintió.

—Pensé que te sentirías así. —Trazó su pata sobre la piedra—. Sabes que tu tiempo está llegando a su fin, creo. ¿Te gustaría unirte a nosotros en el Clan Estelar? Serías muy bienvenido.

Cuervo se volvió y miró hacia abajo al desfiladero. Pudo ver a Centeno de pie en el borde del bosque, mirando hacia arriba. El gato blanco y negro dobló su cola en señal de saludo, y Cuervo agitó su cola en respuesta. Luego, se volvió hacia los gatos del Clan Estelar.

—No puedo unirme a ustedes —maulló suavemente—. Hay alguien a quien debo esperar. Espero que haya un lugar donde podamos estar juntos, aunque no sea un gato de Clan.

Corazón de León asintió.

—Lo entendemos. Y ten por seguro que hay un lugar esperando a ambos. Pero son bienvenidos a visitarnos en el Clan Estelar cuando lo deseen. Encontrarán una manera de hacerlo, te lo prometo.

Se acercó y apoyó su hocico en la cabeza de Cuervo. El gato sintió su suave aliento contra su pelaje, y se deslizó agradecido en un sueño indoloro.



CAPÍTULO 10

Cuando Cuervo se despertó, Canción de Eco estaba sentada a su lado, con la cola crispada.

—Ah, estás despierto —maulló.

El sol se deslizaba detrás de los árboles, y las sombras oscuras se acumulaban en el desfiladero. La hierba desnuda y descuidada que conducía al Poblado de los Dos Patas estaba vacía y silenciosa, pero Cuervo olía las marcas frescas de la frontera que flotaban en la brisa.

Los gatos circulaban inquietos en el campamento del Clan del Cielo.

—Las nuevas fronteras están en su lugar —le dijo la curandera mientras se dirigían hacia el acantilado—. Mis compañeros de Clan están listos para defenderlo con sus vidas.

—Espero que no se llegue a eso —maulló el gato con un gesto de alarma. Riley y Bella saltaron hacia él mientras se acercaba a la roca.

—¡Hemos tenido un gran día! —anunció Riley—. He sido totalmente el mejor empujando piedras. ¡Cola de Cereza me lo dijo!

—¡Y yo encontré el palo más largo! —maulló Bella—. Zarpa Floreciente me ayudó a llevarlo.

Un gato marrón les llamó.

—Ese es Salto de Conejo —explicó Riley—. Estaremos en su patrulla esta noche. ¡Hasta luego, Cuervo!

Los jóvenes gatos se dieron la vuelta y salieron corriendo.

Centeno se acercó a Cuervo, con el olor de la carne fresca pegado a su pelaje.

—Ya han hecho amigos —observó.

—Hay buenos gatos en el Clan del Cielo —coincidió Cuervo—. ¿Cómo fue la caza?

—No estuvo mal del todo. Atrapé dos ratones y una ardilla, lo que calló algunos comentarios. —Había una nota de diversión en la voz de Centeno—. ¿Has comido ya?

El estómago de Cuervo se revolvió ante el pensamiento de comida. Un espasmo de dolor sacudió su cuerpo, y las sombras nadaron detrás de sus ojos. Sintió a Centeno presionándose contra él, sosteniéndolo.

—Tienes que acostarte —le dijo su amigo. Dirigió a Cuervo hacia un suave montón de arena al borde del desfiladero.

Cuervo se hundió con un silbido de dolor.

—No puedes luchar esta noche —maulló Centeno. Sus ojos eran enormes por la alarma—. No estás lo suficientemente fuerte.

Cuervo miró a su amigo.

—Oh, Centeno. Me conoces muy bien. Mejor que cualquier otro gato. —Le dio un golpecito a la mejilla de Centeno con su nariz—. Pero hay un secreto que te he ocultado sin quererlo: Siempre he sido un guerrero. Siento lealtad por estos gatos, y debo luchar junto a ellos, pase lo que pase.

Los ojos de Centeno se llenaron de agua.

—Eres tan terco —murmuró—. Realmente no puedo detenerte, ¿verdad?

—No. Pero puedes estar a mi lado —respondió Cuervo—. Por favor.

Centeno apoyó su cabeza contra la de Cuervo.

—Siempre.

Cuervo se levantó con esfuerzo, y se unieron a los otros gatos mientras caminaban en silencio por el desfiladero y en la llanura de hierba crujiente. Garra Afilada hizo una señal con su cola para enviarlos a lo largo de la nueva frontera, entre las marcas frescas y fuertes en los montones de piedras y palos recién construidos. «*Han trabajado mucho hoy*», pensó Cuervo.

A ambos lados de él, los guerreros del Clan del Cielo se movían rápida y eficazmente. Era imposible saber qué gatos eran los guerreros diurnos, aparte del leve indicio de un olor diferente en su pelaje. Estaba claro que, sin importar dónde el Clan del Cielo encontrara a sus guerreros, era un Clan bien entrenado y profundamente leal.

Cuervo y Centeno se agacharon en la hierba junto a Tormenta Billy y su aprendiza, Zarpa de Guijarro. Su pelaje blanco estaba espolvoreado con motas marrones, que la mantenían bien escondida entre la hierba iluminada por la luna.

Cuervo había perdido de vista a Riley y Bella más adelante a lo largo de la línea. Esperaba que recordaran todo lo que les había enseñado.

«*Clan Estelar, ¡mantenlos a salvo!*».

El apagado siseo de Garra Afilada viajó a lo largo de la fila de gatos en el quieto aire:

—A mi señal, ¡peleen!

Parecía que había pasado una luna entera antes de que oyeran el golpeteo de patas sobre el suelo hacia ellos. Cuervo se tensó. Esta vez había más mascotas, y ya estaban chillando de excitación. «*¡No tienen ni idea de que les estamos esperando!*».

Junto a Cuervo, Tormenta Billy sacó sus garras y juntó sus ancas debajo de él, listo para saltar.

Más cerca, más cerca, más cerca, los mininos domésticos se acercaban…

—¡A pelear! —aulló Garra Afilada, y los gatos del Clan del Cielo saltaron hacia adelante en una sola ola siseante.

Los gatos domésticos se detuvieron, aullando de terror. Estaban superados en número, pero aún así se resistieron, enfrentándose a dos o tres guerreros del Clan del Cielo cada uno en un torbellino de dientes y garras.

De repente, Cuervo volvió a ser un aprendiz de nuevo, recordando todo lo que Garra de Tigre le había enseñado. Saltó y esquivó y atacó con sus garras. A su lado, Centeno luchaba como su sombra, igualándolo paso a paso, igual que cualquier guerrero.

En la penumbra, Cuervo se encontró chocando con una gata con un distintivo pelaje plateado y negro. Era una de las mascotas que los había atormentado en su primera noche.

—¿Todavía están aquí? —espetó.

—¡Somos más bienvenidos aquí que tú! —resopló Centeno, golpeando su costado.

La gata se apartó de un salto y se lanzó hacia ellos, con las garras fuera.

Cuervo dobló las piernas y se apartó del camino; cuando la gata pasó derrapando, se levantó y puso sus patas delanteras sobre sus ancas. La gata se tiró al suelo con un gruñido, luego recogió sus patas traseras y pateó directamente hacia el vientre expuesto de Cuervo.

Un dolor al rojo vivo le atravesó.

Fue consciente de que Centeno cargaba contra la gata doméstica, rastrillando las garras por su espalda y haciéndola chillar por el pasto. Cuervo cayó hacia atrás y se quedó inmóvil, jadeando, esperando a que el espasmo se calmara. Oyó a Centeno corriendo tras la minina doméstica.

El suelo retumbaba con el sonido de patas que huían, las mascotas siendo perseguidos por los emocionados y siseantes guerreros.

Poco a poco se hizo el silencio en la llanura.

Había gatos regresando hacia ellos, algunos de ellos cojeando.

Cuervo escuchó una ovación:

—¡Hemos ganado! ¡Se han ido!

Los guerreros comenzaron a moverse más rápidamente, corriendo de vuelta al desfiladero, al campamento que habían mantenido a salvo, para celebrar.

La cara de Centeno se asomó sobre Cuervo.

—¿Estás bien? ¿Te han herido?

Cuervo negó con la cabeza y se levantó. Centeno empezó a quejarse, pero Cuervo le lanzó una mirada fulminante.

Ya habría tiempo para eso más tarde; ahora quería compartir la victoria del Clan del Cielo. Bajó a trompicones hasta el desfiladero, apoyándose fuertemente en el hombro de Centeno.

Estrella de Hojas estaba de pie en la cima de la roca, las manchas crema de su pelaje brillaban a la luz de la luna.

—¡Cuervo, ahí estás! —llamó—. ¡El Clan del Cielo te agradece por ayudarnos esta noche! Sin ti, esas mascotas nunca habrían respetado nuestras fronteras.

Los gatos alrededor de la roca se volvieron para mirar a Cuervo, sus ojos brillando como pequeñas estrellas, y aullaron en señal de triunfo.

Cuervo cerró los ojos aliviado.

«*¡Lo logramos!*».

Hubo un movimiento a su lado, y Riley y Bella aparecieron de entre la multitud. Sus pelajes estaban erizados, y Bella tenía una marca de garra en una oreja, pero estaban temblando de emoción.

—¡Oh, vaya! —jadeó Riley—. ¡Eso fue increíble!

—¡Hemos hecho todo lo que nos has enseñado! —maulló Bella—. ¡Hice un golpe con la pata delantera que hizo que un minino doméstico se cayera!

—Bien hecho —ronroneó Cuervo, tratando de no mostrar su dolor—. ¡Estoy tan orgulloso de ustedes!

—Los dos lo estamos —maulló Centeno.

—Riley, Bella, ¿están ahí? —llamó la líder del Clan del Cielo desde la roca—. Tengo algo importante que preguntarles.

Los jóvenes gatos se miraron entre sí, luego se abrieron paso hacia el frente de los gatos.

—¡Estamos aquí! —maulló Bella.

Estrella de Hojas les hizo una señal con su cola.

—Vengan conmigo.

Riley y Bella subieron a la roca y se colocaron en la cima. Estrella de Hojas los miró.

—Han luchado bien esta noche —elogió—. Tan valientemente como cualquiera de mis compañeros de Clan, de hecho. Me equivoqué al pensar que necesitaba conocer a un gato desde su infancia antes de poder confiar en ellos. Han demostrado que pertenecen a este lugar.

Bella dejó escapar un pequeño chillido.

Estrella de Hojas bajó la cabeza.

—Riley, Bella, ¿le harán al Clan del Cielo el honor de unirse a nosotros?

Cuervo sintió que su corazón daba un vuelco. A su lado, Centeno ronroneó tan fuerte que le temblaron los bigotes.

La líder del Clan del Cielo asintió a dos de sus guerreros.

—Nube Diminuta, Mancha de Ortiga, ¿serán sus mentores?

—Con gusto —maulló Nube Diminuta, una gata blanca y pequeña de contextura delgada. Junto a ella, un robusto gato marrón asintió.

—Zarpa Riley, y Zarpa Bella, el Clan Estelar les da la bienvenida al Clan del Cielo como aprendices.

Estrella de Hojas comenzó la ceremonia, y Cuervo se sumergió de vuelta al claro en el fondo del barranco, escuchando a Estrella Azul anunciar su nombre de aprendiz por primera vez.

—Necesitas descansar —le susurró Centeno al oído. Sin discutir, Cuervo permitió que su amigo lo guiara al camino que conducía a la guarida de Canción de Eco. La cabeza le zumbaba, pero podía oír a los gatos del Clan del Cielo aclamando a los nuevos aprendices detrás de él.

—¡Zarpa Riley! ¡Zarpa Bella!

Una forma pálida y plateada se encontró con ellos en el camino.

«*¿Corriente Plateada?*», Cuervo se preguntó, con la mirada borrosa.

—Ah, Cuervo —murmuró Canción de Eco—. Ven conmigo.

Se giró para entrar en su guarida, pero Cuervo dudó.

—No dentro, por favor —dijo con la voz ronca—. Preferiría estar bajo los árboles.

Canción de Eco asintió, y ella lo fue guiando suavemente, dirigiéndose hacia el bosque.

—¡Espera! —maulló Centeno, trotando a su lado—. ¡Está muy enfermo! ¿No deberías llevarlo a tu guarida y tratarlo?

—Es demasiado tarde para eso, Centeno —murmuró la curandera—. Debemos hacer lo que Cuervo desea ahora.

Llegaron a los árboles, y Cuervo se hundió en un parche de hierba suave y fresca. Sintió sombras reuniéndose a su alrededor, tirando de sus extremidades. No tenía miedo; sabía que era el momento. Zarpa Riley y Zarpa Bella vivirían como guerreros ahora, gracias a él. Pero Centeno… Su viejo amigo se acurrucó alrededor de él, como siempre lo había hecho cuando dormían. Cuervo podía sentirlo temblando, y deseó que hubiera algo que pudiera hacer para consolarlo.

—Está bien —susurró Centeno y su voz se quebró—. Sé que tienes que dejarme. Nunca te olvidaré, te lo prometo.

Cuervo jadeó por aliento.

—Te esperaré. Dondequiera que estés, te encontraré.

Dejó que su cabeza cayera sobre la pata delantera de Centeno. Todo estaba empezando a sentirse muy lejano. En algún lugar en la distancia, escuchó gatos acercándose. Estrella de Hojas maulló:

—Le daremos una despedida de guerrero. Puede que esté lejos de su hogar, pero el Clan del Cielo estará honrado de velarlo.

Centeno tragó saliva.

«*Lo siento, amigo mío*», pensó Cuervo.

Dejó que las sombras llenaran su mente.

A su alrededor, los árboles brillaban con la luz de las estrellas, y sus piernas se sintieron jóvenes y fuertes de nuevo. El dolor en su vientre había desaparecido. Cuervo se levantó y miró a Centeno.

«*Siempre te cuidaré*», juró. Luego se dio la vuelta y caminó hacia el bosque. Su corazón gritaba por quedarse con su amigo, pero sabía que tenía que seguir caminando. Las sombras se cerraban a su alrededor, pero adelante, en algún lugar había un cálido sol que se arrastraba entre los árboles, y el olor a presas.

«*Adiós, Centeno. Te veré de nuevo algún día*».

Libro original: "Warriors: Shadows of the Clans: Ravenpaw's Farewell" *por* ***Erin Hunter***.

Arte del libro: ***Owen Richardson***.

Traducción: ***Woofzie***, ***Hawkstar***, ***Gonzalo Firestar*** *y* ***Pichu06*** *del* ***Clan Nocturno***.

¡Para más traducciones, libros, concursos y fanarts, únete a nuestro grupo de Facebook!

Los Gatos Guerreros 🐾 [Fans] 💕

https://www.facebook.com/groups/1384429135129351/

¡O a nuestro servidor de Discord!

Clan de Discord [LGG]
https://discord.gg/S53JNh7z7G

¡Échale un vistazo también a nuestra wiki de fan-traducciones!
https://lggfantraducciones.fandom.com/es/wiki/Inicio